

Alejandro Casona

FLOR DE LEYENDAS



Lectulandia

El año 1932 recibe Alejandro Casona el *premio Nacional de Literatura* por *Flor de Leyendas*, conjunto de catorce narraciones en las que recoge mitos y leyendas de las más diversas tradiciones escritas (india, árabe, griega, germana, escandinava, etc.) con la intención de acercar lo más granado de la literatura legendaria universal a la siempre ávida curiosidad infantil y juvenil.

Con su elección, Casona ilustra el paralelismo que según él existe entre las fases intelectuales del niño y la historia espiritual de los pueblos: al ciclo primitivo (el mito, lo maravilloso, lo fantástico) pertenecerían relatos como *El anillo de Sakúntala* o *Las mil y una noches*; al ciclo épico (o de acción), *Los Nibelungos* o *Guillermo Tell*; al último ciclo (lo simbólico, la alegoría), *Dioses y Gigantes*.

Lectulandia

Alejandro Casona

Flor de leyendas

ePub r1.0

Hechadelluvia 07.11.13

Alejandro Casona, 1932

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

Palabras preliminares.

Dentro de la denominación genérica de Libro de lectura para niños, a la que tantos y tan sostenibles criterios pueden responder, intentamos realizar aquí aquélla de sus interpretaciones que la realidad escolar española nos presenta como más inmediatamente necesaria. Esto es: un libro de lecturas literarias, atento a la escala de intereses del niño, y guión de su educación y cultura estética.

Voces de máxima autoridad pedagógica han afirmado que el alma del niño es accesible a los grandes temas de la literatura universal. Pero cuando este acercamiento ha querido intentarse alguna vez, en los límites de un libro, el propósito ha ido a estrellarse contra cualquiera de los dos más visibles peligros que lo bordean: unas veces se ha intentado darle la alta literatura con absoluto respeto de la forma original, obligándose así, por razón de dimensiones, a una fragmentación esporádica que, sin desarrollar en plenitud ningún asunto, anula el interés del contenido. Y otras veces, contrariamente, el intento se ha limitado a contar para los niños las grandes fabulaciones literarias, desnudándolas de todas sus galas formales y reduciéndolas al frío relato de argumentos, sin vida ni paisaje, sin desarrollo literario adecuado y sin estilo.

Cabe, pues, un nuevo intento: el de síntesis literarias que conserven, con la trama de la fabulación, su sentido y su esencia, el ritmo y tono del lenguaje, equilibrando en estudiada medida la acción y el ambiente.

Sentado así el propósito, y siendo la belleza cima de unión espiritual de razas, lenguas y pueblos, no hemos visto, en un libro encaminado primordialmente a la educación y cultura estéticas, razón alguna para con traernos al acervo de un literatura nacional, por varia y frondosa que ésta sea. Hemos preferido acoger, al margen de toda preocupación nacionalista, los momentos más bellos de la literatura universal, de todas las lejanías históricas y geográficas, allí donde hemos creído que, tanto en su fondo como en su vestidura oral respondían en sus distintos grados a la escala de intereses estéticos del niño.

Y de acuerdo con la ley biogenética, según la cual el desarrollo del alma infantil es una breve recapitulación de la historia de la raza, hemos fijado nuestra selección en los tres grandes ciclos de interés que se escalonan sucesivamente en la historia espiritual de los pueblos:

1ro. Lo Maravilloso. Ciclo primitivo de las cosmogonías, la magia y el mito, que engendra las historias portentosas de hombres y dioses, gigantes y enanos, milagros y encantamientos. Recorremos en él las etapas más bellas de las literaturas maravillosas: la selva sagrada del Ramayana, las leyendas del Mahabaratha, los prodigios de las Mil y una noches y el cisne encantado del Caballero del Graal.

Corresponde al primer interés estético del niño, de fantasía sin freno de realidades analizadas, inerte y contemplativa, vagamente esperanzada en lo imposible.

2do. Los Héroes. Ciclo del ímpetu y de las literaturas épicas; edades de exaltación humana, de lucha y de conquista. Tomando sus páginas en la medida en que van desprendiéndose del lastre maravilloso, desde la Ilíada y Los Nibelungos, resueltos aún entre mitologías, y a través de los Cantares del Cide y de Roldán, sobriamente humanizados ya, hasta el heroísmo democrático, sin deslumbres de cortejos bélicos, como en el Guillermo Tell de Schiller. Corresponde en la vida del niño a la segunda etapa de crecimiento, de eclosión física y de interés predominante por la acción, el movimiento y la aventura; y

3ro. Ciclo Alegórico. Literatura de apólogos y formas indirectas, de símbolos y ejemplarios, encaminada a la lectura reflexiva y en busca del comentario y la interpretación.

Así hemos compuesto este libro para niños, sin la ordenación cronológica (directa ni inversa), que sería suponer un crecimiento rigurosamente matemático del espíritu humano, procurando atender en su selección y ordenación a un criterio estrictamente pedagógico, y en su realización, a la más pura disciplina literaria.

Éste, al menos, ha sido nuestro intento.

EL ANILLO DE SAKUNTALA.

Sankuntala, la amada de los pájaros, es la más delicada flor del teatro oriental. Una doncella, llena de sencillez campestre y religiosa; un joven rey cazador, hijo de la luna, y el amor luchando contra el destino. Éste es el fondo del hermoso drama, escrito, no se sabe cuándo ni dónde, por el antiguo poeta Kalidasa.

Hay en la India, al pie del monte Himavat, un bosque sagrado donde viven los ascetas consagrados a la meditación y a la sabiduría. Sus lagos son de agua azul, siempre inmóvil; el arroz silvestre crece allí espontáneamente junto al césped de los sacrificios, y los animales del bosque son sagrados para el cazador, de afiladas flechas, que debe entrar humilde y desarmado en el silencioso recinto.

En este bosque habita la doncella Sakuntala, hija adoptiva del asceta Kanva. Ella, hermosa y delicada como un jazmín recién abierto, cuida las plantas y los animales del bosque. Con granos de arroz y dándole de beber la leche en el cuenco de su mano ha criado un cervatillo, que salta siempre alegre detrás de sus pasos. Sus amores son las flores y los árboles, que riega y mira crecer día por día; y su gran fiesta, cuando, a la llegada de la primavera, estallan en el bosque los primeros brotes.

Un día, el joven rey Duchmanta, descendiente del dios de la Luna, llegó de caza al santo lugar. Venía en su veloz carro, con el arco de bambú atado a la muñeca, persiguiendo a una gacela negra, que penetró jadeante en el bosque de los solitarios. Internóse el rey tras ella, y tendía ya su arco dispuesto a disparar cuando una voz le contuvo diciendo:

—¿Quién se atreverá a manchar de sangre el bosque de la meditación? Detén tu brazo, no caiga tu flecha en el cuerpo de la humilde gacela como un rayo en un búcaro de flores.

Entonces el rey se dio cuenta del lugar en que se hallaba; descendió del carro y, dejando en él su manto y sus armas, porque en el recinto sagrado debe penetrarse con vestiduras sencillas, se dirigió al interior del bosque en busca de la ermita del venerable Kanva.

A su paso, el pájaro no se espanta en la rama donde canta, y el gamo, que pace junto al sendero, levanta su cabeza para mirarle dulcemente.

—De pronto oyó el rey, en un bosquecillo de bambúes, voces y risas de mujer, y se puso a observar entre el follaje. Era la hermosa Sakuntala, que con otras dos doncellas, regaba los árboles. Llevaba una humilde vestidura de corteza de árbol,

sujeta con leves nudos de cáñamo a los hombros, y adornada sus orejas con dos flores de acacia.

Así apareció a los ojos del rey, a través del follaje, sobre el verde tierno de la pradera, como un panal de miel nueva. Y Duchmanta olvidó al verla su palacio; olvidó la gacela que hasta allí le había llevado, y su corazón tembló en la quietud religiosa del bosque.

Luego, adelantándose, se presentó a las doncellas, que al verle quedaron un momento turbadas. Pero su noble aspecto y la delicadeza de sus palabras las tranquilizaron, y ofrecieron al desconocido el plato de leche, arroz y frutas, ofrenda sagrada de hospitalidad.

Los discípulos de Kanva llegaron al bosquecillo de bambúes, y reconociendo al rey Duchmanta, le dijeron que su venerable maestro estaba ausente rezando en los santuarios del Oeste, y le invitaron a pasar la noche en su cabaña. El rey no pudo negarse a ir con ellos, pero sus ojos no se apartaban de la hermosa Sakuntala, que quedaba allí.

Así iba, su cuerpo hacia delante y su alma hacia atrás, como la seda de una bandera llevada contra el viento.

Varios días permaneció el joven rey con las ascetas en la montaña sagrada. Su corazón adoraba a Sakuntala, y cuando al caer la tarde conversaba con ella, sentados sobre la yerba, sus palabras se entrelazaban como las ramas de los árboles.

Y al fin un día el joven rey le confesó su amor; temblando como un niño. Sakuntala bajó sus ojos de largas pestañas, y nada contestó. Pero sus manos cogieron una hoja de loto, y sobre ella escribió con la uña estas palabras: «No conozco tu corazón, pero día y noche el amor atormenta a la que ha puesto en ti toda su esperanza».

Al leer estas palabras, el joven rey la estrechó entre sus brazos. Y en el silencio del bosque, bajo los ojos de los dioses, le dio el juramento de esposo.

Días después llegó el séquito del rey al bosque sagrado, llamándole de nuevo a su palacio. Antes de partir, Duchmanta habló así a Sakuntala:

—Toma mi anillo de oro, esposa mía. En él está grabado mi sello y escrito mi nombre. Cuenta una letra por cada día, y cuando todas las letras hayan sido contadas deja el bosque de tu padre y vete a mi palacio.

Así se despidieron Duchmanta, hijo del rey de la Luna, y Sakuntala, la doncella sagrada, amada de los pájaros.

Largos son los días de la espera. Sakuntala está triste sin su corazón, contando día por día las letras del anillo, y las lágrimas del amor marchitan sus mejillas, como dos jazmines regados con agua hirviendo.

Un día Sakuntala, absorta en sus recuerdos, olvidó los deberes de la hospitalidad, no atendiendo al ermitaño Durvasa, que llegó al bosque, cansado y sediento. Y el

ermitaño, ofendido, lanzó su maldición contra la doncella, diciendo:

—El rey no se acordará de Sakuntala, como el hombre ebrio no recuerda sus palabras del día anterior. Sólo el anillo nupcial le devolverá la memoria. ¡Ay de Sakuntala si pierde su anillo!

Pero la doncella no oyó la maldición. Y el destino cruel arrebató el anillo de su mano un día al entrar en el baño, en el celeste Ganges de las tres corrientes. Entre las aguas del sagrado río se hundió el anillo nupcial, y con él se hundieron entre la espuma los recuerdos del rey.

Cuando el día de la promesa llegó, las doncellas del bosque engalanaron a Sakuntala y ungieron sus cabellos. El venerable Kanva, que llegó aquel día, la bendijo y dirigió su palabra al bosque diciendo:

—¡Árboles sagrados! La que no quería beber cuando vosotros no habíais bebido; la que, gustando de adornarse, no cortaba, por miedo a heriros, ni una sola de vuestras ramas, Sakuntala, se va a la casa de su esposo. ¡Dadle todos vuestro adiós!

Y entonces se obró un perfumado milagro. Un árbol produjo un vestido de lino, blanco como la luna; otros destilaron su jugo de laca, de gomas y resinas para perfumarla, y otros le tejieron brazaletes de fibra y coronas de hojas y flores. Y el cuclillo del bosque cantó diciéndole adiós.

Sakuntala se despidió de su cervatillo. Dio tres vueltas alrededor del fuego sagrado, mientras sus compañeras levantaban ritualmente en sus manos los granos de arroz. Y luego, como manda la Escritura, todos los ascetas la acompañaron hasta el borde del agua.

Así se fue Sakuntala del bosque, llevando su perfume, como una rama de sándalo cortada y trasplantada a otro país.

Ya se retiraba el rey Duchmanta de su Consejo, cuando se le avisó la llegada a palacio de dos ascetas conduciendo a una hermosa doncella. El rey, respetuoso con los habitantes del bosque sagrado, les hizo pasar en seguida a su presencia, interrogándoles sobre el motivo de su llegada. Los ascetas respondieron, inclinándose:

—¡Seas siempre victorioso! El venerable Kanva te envía por nosotros su saludo. Venimos a traer la esposa a casa del esposo. He aquí, ¡oh rey!, a tu esposa Sakuntala.

Duchmanta se quedó absorto ante estas palabras, mirando fijamente a Sakuntala, que, temblando de emoción, no se atrevía a levantar los ojos. Ni el nombre de la doncella ni su rostro le recordaban nada. De este modo se cumplía la maldición del ermitaño Durvasa.

—Y bien —contestó el rey echándose a reír—. ¿Qué juego es éste? Yo no he visto en mi vida a esta linda muchacha ni he oído su nombre. ¿Cómo puedo tener una esposa a quien no conozco?

Pero como los ascetas no le acompañaran en su risa y le miraran severamente,

Duchmanta se puso grave. Se acercó a la doncella, contemplándola largamente, sin reconocerla, pero conmovido por su belleza y su sonrisa inocente. Así estaba Sakuntala, entre los dos severos ascetas, como una rama verde entre hojas amarillas.

—Hermosa niña —dijo el rey con ternura—. ¿Qué prueba puedes darme de que eres mi esposa? ¿Tienes en tu dedo mi anillo nupcial?

Sakuntala, con un rápido gesto de alegría, fue a mostrar su anillo; pero entonces echó de ver que lo había perdido al bañarse en el sagrado Ganges de triple corriente. Y dos lágrimas temblaron suspendidas en sus largas pestañas. Luego, las fuerzas la abandonaron y hubo de apoyarse, desfallecida, en sus compañeros, cerrando los ojos.

Duchmanta, conmovido por el dolor de la joven, llamó a su preceptor, un anciano lleno de sabiduría, que sabía encontrar la verdad entre las mentiras como el cisne que bebe la leche sin tocar el agua que se ha mezclado en ella. Y le interrogó diciendo:

—He aquí que esta muchacha dice ser mi esposa, y yo no la conozco. ¿Cómo puedo saber la verdad?

Y el sabio respondió:

—Esta muchacha va a tener un hijo. Espera, ¡oh rey! Si el recién nacido tiene su mano derecha la figura de una rueda, las profecías se habrán cumplido y el niño será tuyo.

Con estas palabras los ascetas dieron por terminada su misión y, rechazando a Sakuntala, que, llorando acongojadamente, quería regresar con ellos, tomaron el camino del bosque.

Sakuntala, entonces, huyó del palacio, llena de dolor y de vergüenza, maldiciendo el duro corazón de Duchmanta. Y por más que centenares de esclavos la buscaron por todas partes, no fue posible encontrar su paradero.

Un día los guardas de palacio prendieron a un pescador, al que encontraron un anillo de oro con el sello y el nombre del rey. Fue llevado a presencia de Duchmanta, acusado de ladrón. Pero el pobre pescador negó tal delito, afirmando que el anillo lo había encontrado en el vientre de un pez caído en sus redes en el celeste Ganges.

Tomó el rey el anillo en sus manos, y al contemplarlo su corazón latió apresuradamente. Como una nube que se descorre dejando paso al sol, así el olvido se descorrió en su alma, y las escenas del bosque sagrado, la persecución de la gacela negra, el amor y el juramento de Sakuntala se presentaron nuevamente ante sus ojos.

Puso Duchmanta en libertad al pescador, regalándole el joyel de su turbante. Y mandando uncir su brillante carro, marchó al galope de sus caballos hacia el bosque sagrado.

Pero Sakuntala no está en el bosque ni en el reino. Nadie la ha vuelto a ver, nadie puede indicar sus huellas. Y Duchmanta llora de dolor y de arrepentimiento, un año y otro año, afligido por el recuerdo de Sakuntala, la amada de los pájaros.

Cuando el cielo estalló la lucha entre los dioses y los gigantes, el celeste Indra

envió su carro, húmedo de rocío, al joven Duchmanta, hijo del rey de la Luna, para que le ayudara en el combate. Y en el veloz carro de oro, disparando sus flechas por encima de los relámpagos, Duchmanta venció a los gigantes. Recibió en premio una guirnalda de flores de «mandara», uno de los cinco árboles eternamente floridos en el cielo de Indra.

Y al regresar a la tierra, Indra hizo que el celeste carro se detuviera en la altísima montaña Cumbre de Oro, consagrada a la penitencia, donde las almas puras, más altas que las nubes, se acercan a los dioses.

Allí con el cuerpo ceñido de pieles de serpientes, apretado el cuello por un dogal de lianas secas, largos los cabellos donde anidan los pájaros, los penitentes solitarios rezan inmóviles de cara al sol.

Apeóse el joven Duchmanta para recibir la bendición de los solitarios. Y al internarse entre los árboles vio a un hermoso niño que jugaba con un cachorro de león. Reía el niño, agarrando al león por la melena, y Duchmanta, gratamente sorprendido por la belleza y el valor del pequeñuelo, se acercó a él, mirándole conmovido. Como el rey no tenía hijos, siempre que veía a un niño su corazón se llenaba de ternura y de tristeza.

Y sucedió entonces que al niño se le cayó un talismán que llevaba colgado al cuello, y el rey se agachó para recogerlo. Al hacer esto, el aya del niño, que llegaba en aquel momento, lanzó un grito diciendo:

—¡Desdichado extranjero! No toques ese talismán, porque se convertirá en una serpiente. Sólo el niño y sus padres pueden tocarlo.

Duchmanta se quedó absorto ante estas palabras, porque ya había recogido el talismán y no lo veía transformarse en serpiente. Entonces, temblando de esperanza, cogió entre las suyas las manos del niño, y vio grabada en su diestra la figura de una rueda.

Y abrazándole, loco de gozo, le decía:

—¿Quién eres tú, hermoso niño, que pareces hijo de los dioses?

—Soy nieto del rey de la Luna —respondió el niño orgullosamente— Mi padre es el héroe Duchmanta, a quien nunca conocí.

Entonces apareció Sakuntala con el rostro demacrado por las mortificaciones y recogido el cabello. Y era aún más hermosa en su dolor, semejante a la liana de flor blanca con los pétalos agostados de sol.

Duchmanta cayó de rodillas ante ella, besando el borde de su vestido y pidiéndole perdón. Luego puso nuevamente en su dedo el anillo nupcial. Y en el carro de oro del celeste Indra volvieron los tres a su reino.

Los mismos dioses, conmovidos por esta sencilla historia, la escribieron después en verso, mojando sus pinceles en el rocío del cielo.

NALA Y DAMAYANTI.

Escuchad ahora la bella historia de Nala y Damayanti, donde hay cisnes, elefantes, héroes y dioses. Está escrita en el libro de la selva de «Mahabaratha», el libro venerable de la India. Hace más de dos mil años la contó a los hombres antiguas el poeta Vyassa.

Virasena, que reinó en el país de los Nisadas, dejó dos hijos al morir. El mayor, Nala, era más hermoso que el mismo Indra, rey de los dioses. Cuando atravesaba la ciudad, al frente de sus ejércitos, parecía el sol en toda su gloria. Era valiente y piadoso, conocía los sagrados Vedas y protegía a los brahmanes.

Su hermano Puskara era enteco y envidioso. Le gustaba vivir en la sombra, y jamás se mezclaba con el pueblo. Nadie sabría decir si era valiente o cobarde, porque nunca se le vio en los juegos ni en la guerra.

Nala se entregaba con placer a la doma de caballos salvajes. Ninguno se le resistía; y a todos los reducía a la rienda y al yugo. Y con ellos vencía en la carrera a los más hábiles conductores de carros. Después de los Consejos, donde trataba los asuntos de su reino, se entretenía algunas veces en jugar a los dados. Y siempre tenía suerte; pero las ganancias del juego las repartía entre los ascetas y los mendigos. Nala no quería otras riquezas que las que se ganan con los brazos y con el corazón.

En el país de los Vidarbas reinaba el magnánimo Bhima. Tenía una sola hija, Damayanti, que era hermosa entre todas las doncellas. Su rostro era más gracioso que la luna creciente y sus ojos más bellos que la flor azul del loto. Su voz era tan melodiosa, que al hablar parecía que cantaba. Los viajeros que cruzaban el país de los Vidarbas celebraban por toda la tierra la belleza de Damayanti. El rey Bhima la adoraba, y le dio por doncellas a las más hermosas vírgenes del país.

¡Cuántas veces Damayanti oyó decir a sus doncellas: «Nala es el más hermoso de los reyes!».

Y ¡cuántas veces oyó Nala decir: «Damayanti es la más bella de las princesas!».

Así Nala comenzó a soñar con la princesa Damayanti. Ya no le divertían las fiestas de su palacio; escuchaba con impaciencia los discursos de sus consejeros, no prestaba atención a los emisarios de los reyes vecinos y buscaba la soledad de sus jardines. Allí, tendido sobre la yerba fresca, con los ojos entornados, soñaba con la bella princesa Damayanti.

Un día cogió de su jardín un cisne de alas doradas. El cisne, al sentirse preso, lanzó un grito y habló:

—No me mates, ¡oh rey! Si me concedes la vida yo iré al país de los Vidarbas, veré a la bella Damayanti y le diré cuánto la amas.

Nala sonrió, sorprendido y alegre; abrió su mano, y el cisne desplegó sus alas volando hacia el país de los Vidarbas.

Damayanti estaba en su jardín, bañándose con sus doncellas en un estanque florecido de lotos, cuando vio llegar un cisne de alas de oro, que se posó sobre el agua. La princesa se dirigió hacia él a nado, pero el cisne huía nadando más ligero que ella. Así lo persiguió por el agua y luego por la pradera, alejándose de sus doncellas. Entonces el cisne le habló con una voz como una canción:

—Escúchame, bella Damayanti, que vengo a ti como mensajero. En el país de los Nisadas reina el gran Nala; no tiene par entre los hombres y es más hermoso que los mismos dioses. Nala te ama y está triste de amor. Ámale tú, Damayanti, la más bella de las princesas. Que lo mejor se una a lo mejor.

Damayanti escuchaba al cisne, y sus labios se entreabrían oyéndole como una flor al sol. Después acarició tiernamente al mensajero de las alas de oro:

—Vuela, cisne querido, vuela al país de los Nisadas. Y di a Nala que se ponga en camino, que venga a casa de mi padre. La más humilde de las princesas se honrará con la visita del más hermoso y valiente de los reyes.

Y el cisne, rápido y sonoro, voló nuevamente al país de los Nisadas.

El rey Bhima envía heraldos por toda la tierra, convocando a una Asamblea nupcial donde la princesa Damayanti elegirá esposo. Corren los heraldos lanzando su pregón por todos los reinos, y todos los príncipes se ponen en camino hacia el país de los Vidarbas. Van en ilustres carros, seguidos de brillantes cortejos. Entre todos destaca el carro dorado de Nala, tirado por veloces caballos salvajes.

Es la víspera de la Asamblea nupcial. Hoy todos los caminos de la India conducen a la corte de la princesa Damayanti.

Y el pregón de bodas llega también a la mansión de los dioses. Allí están reunidos el celeste Indra, y el ardiente Agni, y Kali, el dios vengativo, y todos los demás dioses. Indra les dirige la palabra:

—Escuchad, inmortales. Mañana se celebra en la corte del magnánimo Bhima la Asamblea nupcial donde la bella Damayanti ha de elegir esposo. Damayanti es la más hermosa princesa de la tierra; todos los reyes arden en deseos de agradarle. ¿No iríamos nosotros a disputar a los reyes de la tierra la más bella de las princesas?

—¡Sí, sí! —contestan todos—. Descendamos a la corte de Bhima, y que Damayanti elija su esposo entre los dioses.

Y con deslumbrantes cortejos, Indra, Agni, Kali y todos los dioses se encaminan en carros de oro hacia el país de los Vidarbas.

Todos los pretendientes son introducidos en un amplio salón de techos altísimos, resplandeciente de oro y pedrerías. Bhima recibe a todos con el rostro sonriente,

dichoso de ver en su reino a los más ilustres príncipes de la tierra. Cuando entran los dioses se inclina gravemente ante ellos, deslumbrado por su aire majestuoso. Pero cuando hace su entrada Nala se oye en todas partes un grito de admiración: es brillante como un héroe, hermoso como un dios. Entre los dioses se sienta; los príncipes le miran con envidia, y los mismos dioses no pueden ocultar su turbación.

En medio de un gran silencio aparece ahora la noble Damayanti. Trae en sus manos una guirnalda de lotos para ofrecerla al elegido de su corazón. Sus ojos, sonrientes y turbados, se posan sobre todos los pretendientes, y al ver a Nala, su corazón desfallece de gozo y de amor. Sin vacilar va hacia él para tenderle la guirnalda. Pero los dioses ven que van a ser públicamente derrotados por un hombre y rápidamente se ponen de acuerdo para evitarlo.

De pronto Damayanti se detiene con los ojos desmesurados de sorpresa. Todos los dioses han tomado figura de Nala, y Damayanti ve delante de sí cien Nalas, todos iguales. Entonces comprende que es una treta urdida por los dioses y les reza con toda la ternura de su corazón:

—¡Oh dioses! Bien sabéis que no puedo querer más que a Nala. El cisne me trajo su palabra de amor, y quiero serle fiel. ¡Oh dioses! Vuestra gloria es tan grande, que no puede caber en el amor de una débil mujer. ¡Oh guardianes del mundo! Presentaos en todo vuestro esplendor para que yo pueda distinguir al rey Nala, a quien ama mi corazón.

A estas palabras el milagro se desvanece. Los reyes celestes se presentan en toda su gloria: sus ojos están inmóviles, como grandes piedras preciosas, y sus pies no tocan en el suelo. En medio de ellos, Nala, con los pies en el suelo, tiembla de esperanza.

Entonces Damayanti, alegre y tímida, le tiende la guirnalda.

En medio de brillantes fiestas se celebran las bodas. Los poetas entonan sus mejores cantos en honor de Nala y Damayanti, y los mismos dioses, a pesar de su derrota, perdonan el orgullo de los hombres y dan su bendición a los desposados. Después se remontan a su cielo.

Sólo uno de ellos no quiso perdonar. Es Kali, el dios vengativo, en cuyas manos están la riqueza y la miseria.

Cuándo Nala y Damayanti regresan al país de los Nisadas vuelven sobre una larga alfombra de flores, bajo arcos de follaje y entre las bendiciones de su pueblo. Su reinado comienza con la mayor felicidad y los dioses inmortales les conceden un hijo y una hija.

Pero Kali no olvida su venganza, y busca la alianza de Puskara, el perverso hermano de Nala. Un día Puskara desafió a su hermano a jugar a los dados. Nala, por complacerle, accede a la partida, y el juego comienza. Detrás de Nala, invisible, está el dios Kali, que tiene en sus manos la buena y la mala suerte.

Nala juega un anillo de oro que brilla en su mano. Tira los dados; tira los dados Puskara, y Nala pierde su anillo. Después Nala juega un collar que brilla en su cuello. Y lo pierde también. Y pierde, una a una, todas sus joyas, y sus armas, y sus caballos, y sus carros de guerra. El perverso Kali sonríe; Puskara juega con frialdad. Y Nala se ciega cada vez más jugando, tentado por el dios, como si hubiera perdido la razón. Pasan las horas y los días y la partida no se acaba. Los consejeros de Nala están llenos de angustia. Damayanti, en su palacio, llora sin cesar. Pero Nala no escucha las palabras de sus consejeros ni piensa en su esposa ni en sus hijos. Juega siempre, cogido de una extraña locura, un día y otro día. Pierde todo su oro y su plata, sus palacios, sus jardines, sus tierras y sus vestidos.

Damayanti tiembla por la suerte de sus hijos, y con un ayo fiel los envía a la corte del rey Bhima, su abuelo. Después cae sobre su lecho, entre lágrimas y plegarias, esperando el regreso del esposo.

Nala ha jugado su derecho al trono y también lo ha perdido. Entonces Puskara le dice riendo:

—Dejemos el juego, hermano. ¿Qué te queda ya? Sólo tienes tuya a la princesa Damayanti. ¿Quieres que la juguemos también?

A estas palabras Nala recobra de repente la razón. Sin pronunciar una palabra se levanta, arroja sus últimos vestidos, y traspasado de dolor va en busca de Damayanti. La princesa le recibe en sus brazos llena de ternura:

—¡Oh mi bien amado! Querido me eras en toda tu gloria. Más querido me eres hoy en tu miseria. Desnudo estás como cuando naciste. Yo seré tu madre, y tu hermana, y tu esposa. De nuestras riquezas solo nos queda este trozo de tela grosera. Envolvámonos los dos en él.

Y abrazados, envueltos en el mismo lienzo, Nala y Damayanti abandonan el palacio. Cruzan la ciudad, salen al campo, y al caer la noche, santamente enlazados, se tienden sobre el suelo.

Nala llora. Damayanti canta y enjuga sus lágrimas.

Ahora está dormida Damayanti bajo la luna. Nala la contempla, conteniendo sus sollozos. Y piensa:

—¡Oh, Damayanti, esposa mía! Tu fidelidad te ata a mi triste destino. En los malos caminos, en el hambre y en el frío, en los bosques poblados de fieras y serpientes, bien sé que quisieras estar a mi lado. Pero ¿cómo podría resistir tanta fatiga tu carne delicada? Yo he pecado contra los dioses, olvidando mis deberes de rey y de esposo, y debo expiar mi culpa. Pero tú eres inocente, ¡oh, Damayanti! Vuelve a casa de tu padre, donde tus hijos te esperan. Yo iré a buscarte allí cuando mi esfuerzo logre vencer a mi desventura.

Así piensa Nala en silencio. Damayanti duerme y sonríe bajo la luna.

Para evitarle todas las amarguras de la miseria, Nala decide abandonar a

Damayanti, pensando que al verse sola volverá a casa de su padre. Varias veces ha intentado ya huir, pero su amor le hace volver otras tantas veces al lado de la esposa dormida. Al fin, cuando el primer albor aclara el horizonte. Nala se decide. Sin despertarla, rasga en dos pedazos la tela que los cubre, toma uno para envolverse y la besa en silencio.

Después, llorando en su corazón, se pierde solo en la sombra de la selva.

¿Cuánto tiempo ha errado sola la bella Damayanti por el bosque sin fin? Ha caminado largos días y largas noches por las montañas y por las llanuras; ha visto los antros siniestros donde se guarecen las fieras y los bellos parajes donde cantan los pájaros. Ha atravesado ríos y lagos. Ha sido atacada por las serpientes y los malhechores. El viento y el sol han castigado su carne delicada. Y anda, anda siempre, llamando en voz alta a Nala, que la ha abandonado.

A los tigres pregunta por el hermoso Nala, y los tigres la miran dulcemente sin responderle. Pregunta a los ascetas de la Montaña Sagrada, y los ascetas le responden con palabras de luz:

—Sigue tu camino, bella Damayanti. Sufre y espera. Tú volverás a ver a Nala en toda su gloria. Él reinará muchos años sobre alegría de los pueblos, castigará a los malvados y subirá en su fuerte brazo a los honrados. Y los dioses os bendecirán. Sufre y espera, ¡oh Damayanti!

Y Damayanti sigue su camino. Unos mercaderes la recogen compadecidos de sus ojos de gacela y su belleza castigada de sol. Lleva la caravana gigantescos elefantes ricamente enjaezados y se dirige al reino feliz de los Chedis. En un campo verde acampan, junto a un lago florecido de lotos. Pero a media noche un rebaño de elefantes salvajes viene al lado, y al ver a sus hermanos los elefantes de la caravana convertidos en esclavos los atacan con rabia y aplastan a los mercaderes.

Así la bella Damayanti, mientras no llegue la hora del perdón, llevará la desgracia dondequiera que vaya.

Nala ha seguido su peregrinación, dura y terrible, igual que Damayanti. Largos días y largas noches ha caminado también, y se alimenta de frutas silvestres y raíces, bebiendo sus lágrimas. Un día llega a un bosque donde crepita un gran incendio. De entre las llamas oye salir una voz:

—¡Oh, gran Nala, sálvame, por amor de los dioses!

Nala se mete entre las llamas sin vacilar y salva de la muerte al desdichado. Era un Naga, un duende travieso, encantado en el bosque por la maldición de un asceta al que había interrumpido en sus meditaciones.

—Gracias, gran rey —dijo el Naga—. Tu valor me ha salvado. En prenda de gratitud voy a revelarte el porvenir. Aún sufrirás algún tiempo, ¡oh Nala!, porque la maldición de un dios te persigue. Pero tus penas alcanzarán su fin; volverás a ver a Damayanti y a tus hijos, y tu reino te será devuelto. Ahora escúchame y obedece: da

veinte pasos hacia el río y cava allí un hoyo.

Nala obedeció. Cayó el hoyo y halló un manto rojo de tela grosera.

—Cúbrete con ese manto y mírate en el río.

Al mirarse en el río, Nala dio un grito de espanto. Su rostro estaba cambiado y era de una horrenda fealdad.

—Así irás por el mundo —agregó el Naga—, sin que nadie te pueda reconocer. Serás el más feo de los hombres y desempeñarás, ¡oh rey!, los oficios más humildes. Vete al palacio del rey Rituparna y trabaja allí en los establos, sin acordarte de tu grandeza. No descubras a nadie tu nombre ni tu patria. Cuando encuentres de nuevo a Damayanti serás perdonado. Arroja entonces ese manto rojo y volverás a aparecer en todo tu esplendor.

Después, como la bruma de la mañana, el Naga desapareció.

Mucho tiempo ha pasado. Nala trabaja humildemente en los establos del rey Rituparna. Limpia las cuadras y los carros, da pienso a los caballos y doma los potros salvajes. No se avergüenza de su humilde oficio, pero sus ojos lloran día y noche recordando a la bella Damayanti, que abandonó en la selva.

Damayanti está ahora acogida en el palacio del rey de los Chedis, sirviendo de doncella a la princesa Sunanda.

El magnánimo rey Bhima, desde que supo la desgracia de Nala y Damayanti, arde en deseos de volver a verlos. Un día llamó al sabio brahamán Sudeva y le dijo:

—Mucha es tu sabiduría, Sudeva. Sólo tú puedes hallar a mis hijos Nala y Damayanti. Ve por la tierra y busca sin descanso, día y noche. Di a Nala que no tenga reparo en venir a mis brazos; le daré mil vacas, todas las tierras que quiera y la mayor de mis ciudades. Que los dioses te protejan, Sudeva.

Cien días habían pasado cuando Sudeva llegó al reino feliz de los Chedis. Fue a saludar a la princesa Sunanda, y al mirar a sus doncellas su corazón saltó de gozo. A pesar del sol y del viento, a pesar del hambre y el frío, del cansancio y del tiempo, ¿quién no hubiera reconocido la voz maravillosa y la belleza de Damayanti?

Bien cumplió la mitad de su misión el sabio brahamán. Ahora ya está Damayanti al lado de sus hijos, en la casa de su padre. Y Sudeva vuelve a recorrer la tierra en busca del rey Nala. A los caminantes, a los pájaros, a las fieras, el buen brahamán preguntaba:

—¿Habéis visto cruzar por aquí a Nala, el más hermoso de los hombres?

Pero ¿quién podría reconocer a Nala en aquel feo mozo de los establos de Rituparna?

Así, al cabo de otros cien días llegó Sudeva al palacio de Rituparna. Tampoco allí sabía nadie el paradero del gran Nala. Pero los ojos de Sudeva saben ver lo que no ven los ojos de los otros hombres. Una noche oyó al mozo de los establos llorar, clamando por su amor perdido. Sudeva se fijó en sus manos, finas y blancas; en la

tristeza de sus ojos de dulce mirada, en su manera de domar los potros salvajes y conducir los sonoros carros. Y en todo esto recordaba Sudeva al gran Nala; le preguntó su nombre y su patria, pero Nala, cumpliendo las palabras del Naga, se negó a decirlos.

Al fin Sudeva decidió hacer una última prueba. Si aquel hombre extraño era Nala lo demostraría en las carreras de carros, en que nadie pudo igualársele jamás. Y Sudeva habló al rey Rituparna delante de todos sus criados:

—Sabed, ¡oh gran rey!, que la princesa Damayanti, considerándose viuda, reúne mañana nueva Asamblea nupcial para elegir esposo. ¿No iréis vos allá, oh Rituparna?

—De buen grado iría. Pero el país de los Vidarbas está a cien leguas de aquí. ¿Quién podría recorrer en un solo día tan enorme distancia?

Al oír esto el corazón de Nala tiembla de emoción. De un salto se coloca ante el rey:

—Yo te llevaré, ¡oh Rituparna! Mañana al amanecer tu carro estará ante el palacio de la bella Damayanti.

Nala corre a los establos gritando y llorando de gozo. Unce al brillante carro dos potros sin domar, de sangre picante, que se encabritan y piafan nerviosos al sentir los frenos de plata. Rituparna, con Sudeva y su cortejo, monta en el carro. Nala, de pie, empuña las riendas, restalla su largo látigo, y envueltos en una nube de polvo, gritos relinchos, los caballos se lanzan a través del campo.

Damayanti se ha levantado esta mañana temprano y alegre como nunca. Su corazón ha soñado un dulce presentimiento. Está amaneciendo: en el jardín se escucha el bramido de los elefantes; en el estanque juegan los cisnes reales, y las flores se abren frescas al sol.

Damayanti sale a su terraza a respirar el aire limpio de la mañana. Allá lejos, en el camino, divisa un brillante carro. Se acerca, se acerca; parece que vuela. Un hombre lo guía cubierto con un manto rojo. Ya entra el carro en la ciudad, atronando sus calles dormidas. Ya llega ante el palacio. El hombre vestido de rojo desciende al suelo de un salto; corre a la puerta, derribando en su carrera a los centinelas, petrificados de asombro; sube la ancha escalinata como un loco, cruza las salas, llega a la terraza, Grita sin aliento:

—¡Damayanti, Damayanti!

Y arroja al suelo el manto rojo, apareciendo de repente en todo su esplendor.

—¡Oh Nala, mi bien amado!

Y Nala y Damayanti se abrazan sin palabras.

En el jardín del rey cantan los ruiseñores.

El gran Nala recobró su reino, del que cedió generosamente la mitad a su hermano Puskara. Siempre reinó para la justicia y el amor.

Y los hombres y los dioses fueron dichosos largos años con la dicha de Nala y

Damayanti.

LA MUERTE DEL NIÑO MUNI.

Está escrita en el «Ramayana», el más hermoso libro de la literatura oriental, compuesto por el sabio y asceta indio Valmiki. Libro sagrado que encierra toda la fastuosidad, la belleza y la sabiduría de la antigua civilización indostánica.

De él tomamos el presente episodio, creyendo que jamás encontró ninguna literatura palabras tan conmovedoras y tan sencillas para llorar la muerte de un niño.

Rama, el héroe de la India en quien encarnó el espíritu de los dioses para vencer a Rayana, el demonio-rey de Ceylán; Rama, el brillante y hermoso hijo de reyes, ha sido desterrado al bosque de Dandaka por malas artes de su madrastra. Su propio padre, Dasaratha, ha dado la orden de destierro.

Y desde que Rama abandonó su patria, en el alma del rey Dasaratha se hizo la oscuridad, y llora sin tregua, recordando al noble hijo ausente.

Cinco días lloró, en la luz y en la sombra. Al sexto día, hallándose el glorioso rey en medio de la noche, lamentando el destierro cruel de Rama, recordó una acción inicua de su juventud y comprendió que por ella le castigaban los dioses, y que estaba condenado a morir sin que sus ojos vieran nunca más al hijo desterrado.

Y en medio de la oscuridad habló así a su esposa, la reina Kausalya:

—Escucha atenta mis palabras, ¡oh reina! De la acción, buena o mala, que el hombre ejecuta, él ha de recoger necesariamente el fruto con el andar del tiempo. Yo recojo ahora el fruto de una criminal acción; por eso, cegado por el destino, he desterrado a Rama, nuestro hijo querido, al que nunca más verán mis ojos. Escucha, ¡oh Kausalya!

En otro tiempo, siendo yo joven y experto en herir con las flechas a larga distancia, cometí un gran crimen. Fue por ignorancia, como un niño que sin conocimiento tragase un veneno. Entonces tú no estabas casada; yo era príncipe. Era a la sazón la estación de las lluvias calientes, cuando, bebiendo el rocío y calentando el mundo, el sol volvía de su viaje al Norte. Se alegraban las garzas y los pavos reales; los ríos, turbios, se desbordaban, y la tierra brillaba vestida de hierba verde.

Entonces yo, con dos aljabas de flechas a la espalda y el arco en la mano, me encaminé a la orilla del Sarayu, deseoso de matar al búfalo o al elefante que durante la noche bajan al río a beber agua. Nada veían mis ojos; pero mis oídos percibieron el rumor de un cántaro que se llenaba en la orilla opuesta, y que me pareció el bramido

de un elefante. Así, engañado y ciego por el destino, ajusté rápidamente una afilada flecha a mi arco de bambú, y la disparé, sin ver, contra el sonido.

Apenas cayó la flecha, he aquí que oí una voz lastimera de niño, que decía:

—¡Oh, dioses, soy muerto! ¿Qué hombre inicuo ha disparado contra mí esta saeta? ¿Qué mal te hice, ¡oh desconocido!, viniendo por agua durante la noche al río solitario? A tres inocentes ha matado tu afilada flecha, porque con el dolor de mi muerte morirá también mi padre, el ciego y mísero Muni^[1], y mi madre, solos y abandonados en el bosque.

Al oír estas palabras toda mi alma tembló, y el arco se me cayó de las manos. Corrí precipitadamente, atravesando el río, hacia donde la voz sonaba, y encontré al pobre niño, cubierto con una piel de ciervo, herido en medio del corazón, con la cabellera revuelta y caído entre el fango del agua. El niño herido clavó en mí sus ojos, como si quisiera abrasarme con su esplendor, y me dijo estas palabras:

—¿Qué mal te hice, ¡oh guerrero!, yo, pobre habitante del bosque? Vine por agua para mis padres, que, ciegos y solos en la selva, me aguardan con impaciencia. Tu malvada flecha nos quita la vida a los tres. Mi padre es sabio, pero ¿qué hará, impotente en su ceguedad, como es impotente un árbol para salvar a otro árbol herido? Ese sendero va a la ermita donde viven mis padres; corre pronto a su lado, ¡oh guerrero!; cuéntale al Muni mi muerte y pídele perdón, no sea que te maldiga y su maldición te abraza como el fuego a una rama seca. Pero antes, por los dioses te pido, sácame esta flecha que me quema las entrañas; que no muera yo con esta serpiente metida en mi carne.

Entonces, de su pecho palpitante, arranqué con gran esfuerzo la flecha. El niño cayó en mí sus ojos trémulos. Y murió dulcemente, entre su sangre.

Al verle morir caí en tierra sin fuerzas, llorando mi destino. Después cogí su cántaro y me encaminé hacia la ermita de sus padres. Allí los encontré a los dos, ciegos, ancianos y sin apoyo, como dos pájaros con las alas rotas. Hablaban de su hijo, temerosos por su tardanza. Al oír el ruido de mis pasos, el Muni me habló así:

—¿Qué has hecho tanto tiempo, hijo mío? Teníamos miedo por ti, tan pequeño y solo en la noche. Tú eres nuestro refugio; tus ojos son los nuestros; no nos hagas sufrir más con tu tardanza. Tengo sed. ¿Qué haces que no me das el agua, hijo mío? ¿Por qué no me respondes?

Llena de llanto mi garganta, esforzándome para hablar, con las manos cruzadas, le respondí:

—Yo soy el guerrero Dasaratha; no soy tu hijo. He cometido un horrendo crimen, y vengo a ti, ¡oh venerable Muni!, a pedir perdón. Con el arco en mano fui a la orilla del Sarayu deseoso de cazar el búfalo o el elefante que bajan de noche a beber agua. Entonces oí el rumor de un cántaro que se llenaba y, pareciéndome el bramido del elefante, disparé a ciegas mi flecha contra aquel sonido. Así maté a tu hijo,

clavándole mi saeta en el corazón. Por ignorancia cometí mi crimen, ¡ oh venerable! Aparta de mí tu cólera, no me maldigas.

Habiendo escuchado el Muni esto quedó un largo espacio sin habla y sin sentido. Luego me, dijo, entre lágrimas estas palabras, que escuché con las manos cruzadas:

—Si mataste con premeditación a un Muni, estalle siete veces tu cabeza, y que se incendie la tierra donde pises. Pero si ha sido sin pensarlo, tu pena será menor. Condúceme, ¡oh príncipe!, al lugar donde yace mi hijo. Ya que no podemos verle, llévanos a que palpemos su cuerpo y su sangre, y sus cabellos en desorden.

Llegamos a la orilla del río; el solitario tocó con sus manos al hijo tendido en tierra, y lanzando gritos de dolor cayó sobre su cuerpo. La madre besaba su rostro, ya frío, y lo lamía calladamente como una vaca a su nacido.

—Abrázame ahora, hijo mío —le decía—. Espera, y luego partirás al reino de los muertos. Espera, y tu padre y yo iremos contigo.

Y luego le hablaba el padre:

—Hijo mío, ¿no escucharé más tu voz en la noche del bosque, recitando la sagrada escritura de los Vedas? ¿Quién me consolará después de orar y hecha la ablución y purificado el fuego? ¿Quién, para mi hambre y la de tu madre, recogerá en el bosque yerbas y raíces y frutas silvestres? Sin culpa has muerto, hijo mío. Tú alcanzarás los mundos de los héroes que no vuelven; los lugares celestes donde habitan los Munis que han leído desde el principio al fin los Vedas, y los que no han sido avaros de sus vacas, de su oro y de sus tierras, y los hospitalarios, y los que dicen verdad.

Después de estos lamentos, el Muni y su mujer fueron por agua limpia para purificar el cadáver del niño. Lavaron su cuerpo; y hecha la ablución, el Muni, volviéndose a mí, me dijo estas terribles palabras, que escuché con las manos cruzadas:

—Involuntaria fue tu acción; pero todo crimen llevará su castigo. Yo voy a morir de dolor por la muerte de mi hijo, al que no ven mis ojos. Del mismo modo tampoco tú verás al tuyo a la hora de morir, y ansiando verle dejarás la vida.

Ya ves, ¡oh reina!, cómo la maldición del Muni se cumple hoy en mí. El dolor de no ver a mi hijo Rama me arranca la vida, como el empuje del agua arranca los árboles del río. ¡Oh, si Rama volviera, si me hablara su voz, si me tocaran sus manos!

Pero mis ojos ya no ven, mi memoria se oscurece... ¡Felices, oh reina, los que verán el rostro de mi hijo Rama, brillante y hermoso como la luna de otoño, a su regreso del bosque!

Así hablaba sin consuelo el gran rey Dasaratha, agitado en su lecho, y acercándose al término de su vida como las estrellas al rayar el alba.

Y así murió, en el sexto día del destierro de su hijo Rama, pasada la media noche.

LAS MIL Y UNA NOCHES.

Éste es el libro de las «Mil y una Noches», maravillosa colección de cuentos árabes, bizantinos, indios y persas. Los recopilaron los poetas arábigos en honor de Haroum-Al-Raschid, quinto califa de la dinastía de los Abbasydas, que reinó en Bagdad.

Las crónicas de los antiguos reyes de Persia, que habían extendido su imperio por toda la India y más allá del Ganges, cuentan que hubo en otro tiempo un Sultán de aquella poderosa dinastía, llamado Schariar, amado por su sabiduría y su prudencia, y temido por su valor y el poder de sus ejércitos.

Su pueblo le quería ciegamente, y su reinado fue largos años feliz. Hasta que un día, enloquecido por la traición de su esposa, y creyendo en su furor que todas las mujeres eran lo mismo, concibió realizar una terrible venganza contra todas las doncellas de su reino. Llamó a su gran Visir y le dio orden de decapitar a la Sultana y a todas sus sirvientas. Y a partir de entonces, cada noche se casaba con una nueva esposa, a la que mandaba degollar sin compasión al día siguiente. Al anochecer, una nueva doncella entraba todos los días en el aposento del Sultán, y al amanecer era degollada por el alfanje del Visir.

El rumor de esta bárbara venganza causó una consternación general en toda la ciudad, en la que no se oían más que gritos y lamentos. Y todo eran maldiciones y sangre en el reino que hasta entonces había sido el más feliz de la tierra.

El buen Visir sentía gran congoja y espanto ante las órdenes crueles que se veía obligado a acatar ciegamente todos los días. Y sus ojos derramaban lágrimas todas las mañanas al serle entregada la nueva víctima.

Tenía este Visir dos hijas, la mayor llamada Scherazada, y la menor Dinarzada. Una y otra eran extremadamente hermosas; pero Scherazada unía a su extraordinaria belleza una gran sabiduría y una profunda virtud. Nadie como ella supo jamás el arte de contar hermosos cuentos, de los que guardaba millares en su memoria; fábulas, encantamientos y maravillas, historias antiguas de reyes y princesas, adivinanzas, cuentos de genios y dragones, de aventuras, de batallas y de amor. Oyéndola, nadie sentía el paso de las horas, y el alma se quedaba extasiada ante sus cuentos, como un peregrino hambriento ante un jardín de frutas maravillosas.

Y esta habilidad de Scherazada vino a salvar milagrosamente el reino de Schariar y la vida de millares de doncellas. Porque un día la hija del Visir concibió el atrevido proyecto de ofrecerse por esposa al vengativo Sultán. Ni el llanto de su padre, ni el

terror de su hermana, ni el miedo al peligro cierto la pudieron disuadir. Puesta de acuerdo con su hermana, pasó la noche en el aposento del Sultán; por la mañana, una hora antes de amanecer, Dinarzada vino a despertarla Y le suplicó que, por ser el último día de su vida, le contara antes de morir alguno de aquellos hermosos cuentos que sabía, si el Sultán se dignaba autorizarlo. Schariar accedió a oírlo, y cuando el cuento estaba a su mitad, amaneció. Era la hora en que el Sultán debía levantarse y acudir a la oración del alba; pero tan interesado estaba en oír el final del cuento, que decidió perdonar por un día la vida a Scherazada para oírlo a la noche siguiente. Y cada mañana Scherazada comenzaba un nuevo cuento, y Schair volvía a perdonarle la vida para oír la terminación al otro día.

Así, el príncipe oyó los cuentos de Scherazada por espacio de mil y una noches. Hasta que, olvidada su venganza, y enamorado tiernamente de la hija del Visir, perdonó por ella a todas las mujeres, la hizo reina de su corazón y volvió a ser a su lado un príncipe justo y benévolo, amado de su pueblo.

Oíd ahora uno de los cuentos que la discreta Scherazada contó al príncipe Schariar, y que comienza así:

HISTORIA DEL PAJARO QUE HABLA, EL ARBOL QUE CANTA Y EL AGUA DE ORO. Noche LVI.

Señor:

Hubo en otro tiempo un Sultán de Persia, llamado Koruscha, al que agradaba recorrer de noche, disfrazado, las calles de su ciudad en busca de lances y aventuras. Una noche conoció a una muchacha de familia humilde, pero tan discreta y hermosa, que se prendó ciegamente de ella y decidió hacerla su esposa, celebrándose, poco después las bodas, fastuosamente.

Las dos hermanas de la elegida, llenas de celos y envidia, resolvieron vengarse de la nueva Sultana a toda costa. Y valiéndose de toda clase de intrigas consiguieron apoderarse del primer hijo que tuvo su hermana, arrojando al agua al recién nacido dentro de una cesta, en el canal que pasaba por los jardines de palacio. Luego fueron a ver al Sultán y le dijeron que su hermana había dado a luz un gato. Mucho se dolió el Sultán al recibir tan triste noticia, y mandó que sobre ello se guardara el mayor secreto.

Pero una feliz casualidad salvó la vida del inocente niño. El intendente de los jardines, que llevaba largos años casado sin tener hijos, vio la cesta flotando en el agua, la recogió, y al hallar al hermoso recién nacido decidió llevarlo a su casa, buscarle una nodriza y criarlo como si fuera hijo suyo.

Al año siguiente la Sultana dio a luz otro príncipe, y las perversas hermanas lo colocaron también en otra cesta y lo arrojaron al canal, diciendo al Sultán que su hermana había dado a luz un nuevo monstruo. Afortunadamente, el niño fue recogido del mismo modo por el intendente de los jardines.

Finalmente, la Sultana dio a luz una hermosa princesa, y la inocente criatura corrió la misma suerte que sus hermanos, siendo arrojada al canal y recogida por el intendente.

El Sultán, desesperado por tanta desgracia, concibió un gran odio contra la Sultana, y ordenó al Visir que la hiciese encerrar en una jaula de madera, vestida con groseras telas, y que quedara expuesta así al escarnio público en la puerta de la mezquita para que todo musulmán le escupiera en el rostro al ir a hacer sus oraciones.

El intendente crio a los príncipes con ternura paternal, que aumentaba a medida que crecían en edad y revelaban todos ingenio extraordinario, y la princesa una belleza sorprendente. Los tres hermanos, llamados ellos Baman y Perviz, y la princesa, Panzada, estudiaron con un preceptor geografía, poesía, historia y ciencias;

haciendo tales progresos en poco tiempo que pronto aventajaron a su maestro. También aprendieron toda clase de juegos: montar a caballo, cazar, danzar y arrojar la jabalina. Así crecieron y se educaron aquellos príncipes, alegrando los últimos años del buen intendente, al que creían su padre, el cual murió sin revelarles el secreto de su nacimiento, dejándoles herederos de sus riquezas, de una magnífica casa de campo rodeada de jardines y un ancho bosque lleno de ciervos y leones.

Un día en que los dos príncipes habían salido de caza y Parizada quedó sola en el palacio, llegó una peregrina musulmana rogándole que le permitiera entrar para hacer sus oraciones. La princesa la atendió solícitamente, dándole la hospitalidad que manda la ley y ofreciéndole presentes y agasajos. Cuando la anciana iba a retirarse, agradecida por tantas atenciones, dijo a la princesa:

—Señora, vuestra casa es espléndida, alhajada con magnificencia y situada en un paraje encantador. Sólo tres cosas le faltan para ser el más delicioso palacio del mundo.

—¿Y qué cosas son ésas, mi buena madre? —preguntó Parizada.

—El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua amarilla de color de oro, de la cual basta una sola gota para hacer un surtidor que jamás se consume.

—Hermosas cosas son ésas, mi buena madre. Pero ¿cómo saber dónde se hallan?

—Las tres se hallan juntas en el mismo lugar, en los confines de este reino. La persona que quiera encontrarlas no tiene más que caminar veinte días sin descanso, siguiendo siempre el camino que pasa por delante de esta casa. Al cumplirse los veinte días encontrará a un anciano, y él le dirá dónde se hallan las tres maravillas.

Y dicho esto desapareció.

Hondamente preocupada quedó la princesa con esta revelación, y en cuanto regresaron sus hermanos les contó todo lo sucedido. El príncipe Baman se levantó de repente, diciendo que había resuelto ir en busca del pájaro, del árbol y del agua de oro para tener el placer de regalárselos a su hermana. De nada sirvieron las palabras y ruegos de sus hermanos para hacerle desistir de tan arriesgada empresa. En un momento hizo Baman sus preparativos, y al despedirse entregó a su hermana un cuchillo envainado, diciéndole:

—Mira de vez en cuando la hoja de este cuchillo. Mientras la veas brillante, nada temas. Pero si vez que se empaña y gotea sangre será que alguna desgracia me ha ocurrido. Lloro entonces por mí.

Y abrazando a sus hermanos por última vez el valeroso Baman montó a caballo y se alejó en línea recta por el camino que la anciana había indicado.

Atravesó toda la Persia y al cumplirse los veinte días encontró a un anciano de larga barba blanca, sentado bajo un árbol, cubierto con una mísera estera y tocado con un sombrero de anchas alas en forma de quitasol. Era un sabio derviche retirado de las vanidades del mundo.

El príncipe echó pie a tierra y le habló así:

—Buen derviche: vengo de lejanas tierras en busca del pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro. ¿Podrías indicarme dónde se encuentran?

—Señor —respondió el derviche—, conozco ese lugar. Pero el peligro a que vais a exponeros es inmenso. Muchos valerosos caballeros han pasado por aquí y me han hecho la misma pregunta, y ni uno solo ha vuelto de la atrevida empresa. No sigáis adelante; volved a vuestro país.

—No conozco el miedo, ni me importan los peligros. Os suplico que me indiquéis el camino.

Viendo el derviche que de nada servían sus prudentes consejos, sacó una bola brillante de un saco que tenía junto a sí y la presentó al joven.

—Tomad esta bola —le dijo—. Echadla a rodar y seguid tras ella hasta la falda del monte donde se pare. Bajaos entonces del caballo, que os esperará allí, y subid a la cumbre de la montaña. Encontraréis a derecha e izquierda una multitud de piedras negras y oiréis una confusión de voces que, con insultos y amenazas, tratarán de haceros retroceder. No miréis atrás, porque si lo hacéis os convertiréis al punto en una piedra negra como las otras, que son otros tantos caballeros encantados. Si lográis llegar hasta lo alto, allí veréis una jaula, y en ella el pájaro que habla; pregunta, y él os dirá dónde están el árbol que canta y el agua de oro. Ahora haced lo que os parezca, y que Alá os proteja.

Agradeció Baman las palabras del anciano; tomó la bola, y echándola a rodar siguió detrás hasta la falda de una montaña. Dejó allí su caballo y comenzó la ascensión entre las filas de piedras negras. Apenas habla dado cuatro pasos, comenzó a oír las voces de que le habla hablado el derviche; unas se burlaban de él, otras le insultaban, otras proferían terribles amenazas. El príncipe siguió subiendo intrépidamente, pero las voces llegaron a hacer tan amenazador estruendo rodeándole, que sus rodillas empezaron a temblar. Volvió la cabeza para retroceder y al instante quedó transformado en una piedra negra, lo mismo que su caballo.

Parizada llevaba siempre a la cintura el cuchillo que su hermano le entregó al partir. Un día, al mirar su hoja, la vio chorreando sangre, y la pobre princesa lloró amargamente la desgracia de Baman.

Pero Perviz era animoso y valiente, y no podía conformarse como ella con llorar a su hermano. Así, pues, decidió intentar la misma empresa, y se aprestó a partir en seguida sin dar oídos a los lamentos de Parizada, que temía perder a los dos y quedarse sola en el mundo. Antes de partir, Perviz entregó a su hermana un collar de perlas de cien cuentas, diciéndole:

—Repasa diariamente las cuentas de ese collar. Si un día las perlas no corren, como si se hubieran pegado unas a otras, será que me ha ocurrido alguna desgracia. Lloro entonces por mi.

Y abrazándola amorosamente montó a caballo y siguió el mismo camino que su hermano.

A los veinte días encontró al derviche en el mismo lugar, bajo el mismo árbol; le hizo iguales preguntas, recibió las mismas indicaciones y consejos, y tomando la bola brillante que el anciano le entregó, la echó a rodar y siguió tras ellas hasta la falda del monte. Descabalgó allí y comenzó a subir a pie la cuesta bordeada de piedras negras. Pero apenas había dado unos pasos oyó una voz amenazadora que decía:

—¡Aguarda, cobarde; no huirás de mi venganza!

El príncipe era impulsivo y valiente, y al oír tal amenaza tiró de su espada sin poder contenerse y se volvió para castigar al insolente. Y apenas lo hubo hecho quedó convertido en piedra negra, lo mismo que su caballo.

Grande fue el dolor de Parizada cuando supo por las cuentas del misterioso collar la desgracia de su hermano. Pero en su corazón había decidido lo que habría de hacer llegado el caso, y sobreponiéndose a su dolor montó a caballo, bien armada y vestida de hombre, y se puso en marcha, siguiendo el mismo camino de sus hermanos.

A los veinte días encontró al anciano derviche, al que hizo las mismas preguntas que sus hermanos. De las indicaciones que recibió dedujo que lo más difícil de la empresa era lograr dominarse al oír las voces, y su astucia de mujer le sugirió un ardid para librarse de ellas. Y fue el de taponarse con algodones los oídos, hecho lo cual arrojó la bola brillante, siguió tras ella hasta la falda del monte, dejó su caballo y empezó a subir la cuesta.

Centenares de voces salían de todas partes; unas con insultos groseros, otras con terribles amenazas, y la princesa las oía, a pesar de los algodones. Su ánimo estuvo a punto de desfallecer; empezó a temblar, pero el recuerdo de sus hermanos le infundió nuevo valor, y apretando el paso, entre un cerco de voces que a cada momento crecían y resonaban cada vez más terribles, llegó a la cumbre, donde vio una jaula con un pájaro de maravillosos colores. Inmediatamente se apoderó de la jaula, llena de gozo, y preguntó al pájaro:

—Dime, ave maravillosa, ¿dónde está el agua de oro?

El pájaro le indicó el camino, y la princesa llenó en el agua amarilla un pequeño frasco de plata. Luego le preguntó por el árbol que canta, y el pájaro respondió:

—Ahí en el medio del bosque lo hallarás. Corta una rama y plántala en tu jardín; pronto crecerá y será un árbol frondoso, con la misma virtud que el árbol padre.

Guiada por el mágico concierto no tardó la princesa en hallar el árbol sonoro, cuyas hojas, al ser movidas por la brisa, producían una dulce música. Cortó una pequeña rama sonora, y vuelta junto al pájaro preguntó otra vez:

—Mis hermanos están aquí encantados, convertidos en piedras negras. ¿Qué haré para salvarlos?

—Derrama una gota del agua maravillosa sobre cada piedra.

Así lo hizo Parizada, y con la jaula, la rama de árbol y el frasco de plata comenzó a bajar la ladera, derramando una gota de agua amarilla sobre cada piedra. Al instante el encantamiento se desvanecía, y en el lugar de cada piedra negra aparecía un caballero. De este modo volvieron a la vida los príncipes Baman y Perviz, los cuales abrazaron a su hermana con lágrimas de gozo.

Y en posesión de las tres maravillas regresaron a su palacio, escoltados por todos los caballeros salvados por el valor de la princesa, los cuales le rindieron pleitesía y la colmaron de bendiciones.

Llegados a su casa, Parizada puso la jaula en su jardín, y apenas el pájaro comenzó a cantar cuando los ruiseñores, las alondras, los pinzones y malvises, todos los pájaros del cielo, vinieron a su lado a aprender el maravilloso canto. La rama se plantó en un cuadro del mismo jardín; arraigó al instante, y en poco tiempo se hizo un árbol frondoso, cuyas hojas producían los más dulces sonidos. Y en medio del parque se levantó una taza de mármol blanco, donde Parizada derramó su frasco de agua de oro, elevándose al momento un surtidor de veinte pies de altura, que nunca se agotaba.

La nueva de tales portentos cundió pronto por todo el reino, y llegó hasta el mismo palacio del Sultán, el cual, al saber que los dueños de aquel jardín eran los hijos de su antiguo intendente, mostró deseos de conocerlos, y decidió ir en persona a admirar la casa maravillosa.

Cuando Parizada supo que su casa iba a ser visitada por el Sultán no cabía en sí de gozo y consultó al pájaro acerca de lo que debería servirle a la mesa.

—Lo que más le agrada —respondió el pájaro— es un plato de calabaza, con rellenos de perlas.

Suspensa quedó la princesa ante esta peregrina respuesta, y sin saber que pensar. Pero el pájaro insistió, diciendo:

—Cava de madrugada al pie del primer árbol del jardín. Allí encontrarás las perlas que necesitas.

Así lo hizo Panzada, encontrando un cofrecito de oro lleno de perlas, todas iguales y hermosísimas. En seguida dispuso un espléndido banquete para obsequiar al Sultán, mientras sus hermanos fueron a la corte para unirse a su séquito.

Llegados a la casa, el Sultán conversó largamente con Parizada y sus hermanos, quedando encantado del ingenio y discreción que en los tres se descubría. También hizo grandes elogios de la casa y el jardín, que comparó a su propio palacio. Cuando vio el surtidor de oro se detuvo maravillado:

—¿Dónde está el manantial de este surtidor dorado que no tiene igual en el mundo?

La princesa no contestó a esta pregunta, y le condujo ante el árbol que canta. Allí creció el asombro del Sultán:

—¿Dónde están los músicos que producen este armonioso concierto? ¿Cómo es que no los veo? ¿Están bajo la tierra o invisibles en el aire?

Tampoco a esto contestó la princesa, y le condujo ante el pájaro que habla.

—Esclavo mío —dijo Parizada—, he aquí al Sultán. Salúdale como merece.

Dejó el pájaro de cantar, y respondió:

—Sea bien venido el Sultán de Persia, a quien Alá colme de venturas.

El Sultán no salía de su asombro ante tales portentos, y apenas se atrevía a dar crédito a sus ojos y a sus oídos. Sentáronse luego a la mesa, y cuando vio la calabaza rellena de perlas se quedó pasmado, mirando alternativamente a los príncipes y a la princesa, sin comprender la razón de tan extraño guiso.

—Señor —dijo entonces el pájaro—, ¿os maravilláis de ver un relleno de perlas y no os maravillasteis de que vuestra esposa diera a luz tres monstruos?

—Así me lo aseguraron —respondió el Sultán sorprendido.

—Sí, pero fue un engaño de las hermanas de la Sultana, envidiosas de su suerte. Vuestra esposa dio a la luz una hermosa hija y dos hijos, que fueron arrojados al agua por sus hermanas y recogidos y educados por el intendente de vuestros jardines. Y vuestros hijos son esta bella princesa y esos dos príncipes que tenéis a vuestro lado.

Al oír estas palabras el Sultán y sus hijos se abrazaron derramando lágrimas de alegría y su corazón estallaba de felicidad.

Al día siguiente el Sultán hizo prender a las dos envidiosas hermanas, las cuales confesaron su crimen; pidió públicamente perdón a su esposa, y la inocente Sultana fue sacada de su cárcel de madera y vuelta, con sus hijos, a sus honores y a la felicidad de su palacio. El pueblo, al saber tan fausto acontecimiento, se agolpaba por las calles aclamando a sus jóvenes príncipes.

Así vivieron felices largos años. Y en sus jardines siguió cantando el pájaro maravilloso, atrayendo a los ruiseñores y las alondras, los malvises y pinzones, que de toda la Persia venían a aprender su canto.

LOHENGRIN.

He aquí la antigua leyenda del caballero del Cisne, que cruzo en su barca encantada todos los caminos del cuento y la novela, la poesía y el teatro. La literatura española medieval la tradujo de los libros de caballerías franceses, Y hoy es universalmente conocida en su versión alemana, que la cuenta así:

Al morir el príncipe de Brabante dejó dos hijos: la princesa Elsa, adolescente, y el pequeño Godofredo, bajo la tutela de su pariente el conde Federico.

Juntos jugaban los dos hermanos en el bosque. Elsa, silenciosa, con los ojos fijos en el mar; soñaba con el día feliz en que conocería el amor, y se lo imaginaba en figura de un rubio caballero, armado de brillantes armas y avanzando por el mar en una barca tirada por un cisne. De este modo Elsa solía dar rienda suelta a su fantasía; y permanecía largas horas callada, sentada sobre la yerba, y con los ojos fijos en el mar por donde el misterioso caballero había de aparecer con su barca de encanto.

Un día la sorprendió así la noche en el bosque, entregada a sus sueños, y sin darse cuenta hasta que se vio envuelta en sombras. Llamó a su hermano, que jugaba a su lado, para volver al castillo; pero el niño no contestó a su llamada. Inútilmente le buscó y le llamó a gritos, corriendo todo el bosque. El niño había desaparecido, y fueron vanos cuantos esfuerzos y pesquisas se realizaron por todo el país para hallar su paradero.

El conde Federico lloró la muerte del niño, y compadecía en su corazón a la pobre Elsa, que desde aquel día vivía sumida en constante dolor y encerrada en silencio, apartada de las gentes.

Pero Federico estaba casado con una perversa hechicera, llamada Ortrudis, la cual empezó a sembrar la más amarga duda en su pecho, diciéndole que la princesa Elsa había arrojado al mar a su hermano para heredar ella sola el trono de Brabante. Mucho esfuerzo costaba al conde dar crédito a tan horrenda acusación; pero Ortrudis amontonaba sospechas contra la doncella un día y otro día, haciéndola objeto de las más viles calumnias, hasta que consiguió llevar el odio al corazón de su esposo, el cual decidió acusar públicamente a la princesa Elsa de la muerte de su hermano.

En una ancha pradera, a orillas del río Escalda, frente al mar, está sentado el rey Enrique de Alemania bajo la frondosa encina a cuya sombra se administra justicia. A su lado, los condes y los nobles feudatarios, y enfrente, agolpado en semicírculo, el pueblo brabanzón.

Ante el rey, ceñudo y lleno de ira, habla el conde Federico. A su izquierda, rodeaba por sus doncellas, vestida de blanco y con los ojos inmóviles llenos de lágrimas, la princesa Elsa escucha su acusación.

—Escucha mi querrela, rey Enrique, y que el cielo guíe la espada de tu justicia —dijo Federico—. Yo acuso ante ti y ante el pueblo a esta mujer de la muerte de su hermano el príncipe Godofredo. Juntos fueron al bosque, y bien entrada la noche volvió sola a mi casa, pálida y espantada, diciéndome que el niño había desaparecido. Ninguna razón puede alegar el pro de su inocencia; su palidez, su trastorno y los crueles remordimientos que desde entonces la atormentan acusan su crimen. Con la muerte de Godofredo ella hereda por ley el dominio de este país, tu feudatario. ¡En nombre del pueblo pido justicia contra Elsa de Brabante, la fratricida!

Estas palabras llenan de doloroso asombro al pueblo brabanzón, que se agita como un oleaje en torno a la encina de los juicios.

Elsa, muda y blanca, parece no darse cuenta de nada, con los ojos perdidos en el mar.

El rey Enrique se yergue al escuchar la acusación; cuelga su poderoso escudo de las ramas de la encina y clava su espada delante sí en el suelo.

—Que este escudo deje de protegerme —dice solemnemente— si mi voz no castiga al culpable.

A estas palabras todos los guerreros se despojan de sus armas, que dejan desnudas sobre la yerba. Y hay un hondo silencio de ansiedad.

—¡Elsa de Brabante! —dice el rey Enrique—. ¿Has escuchado de qué crimen se te acusa? Elsa no contesta. Sus labios sólo murmuran en voz baja:

—¡Pobre hermano mío!

—¡Elsa de Brabante! —vuelve a decir el rey—. Terrible es la acusación y débil el juicio humano para sentenciar. ¿Aceptas someterte a la decisión del cielo?

Elsa hace con la cabeza un gesto afirmativo.

—Y tú, conde Federico, ¿aceptas igualmente la sentencia por un juicio de Dios, sosteniendo con las armas tus palabras?

—Acepto —responde Federico—. He aquí mi espada dispuesta a mantener la acusación. Hágase el llamamiento y salga al campo el que quiera defender contra mí la inocencia de Elsa.

Entonces cuatro heraldos, adelantándose al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, señalan el campo de la liza clavando sus lanzas en los cuatro extremos, y hacen sonar al mismo tiempo los clarines, clamando:

—¡Salga a combatir el que quiera, en juicio de Dios, por la inocencia de Elsa de Brabante!

Nadie se mueve. Los hombres miran con lástima las lágrimas de la princesa, pero ninguno se atreve a defenderla con las armas. Un largo espacio espera el rey, con la

cabeza caída sobre el pecho. Después levanta su guante, y la llamada de los heraldos suena por segunda vez. Elsa mira con angustia en torno; pero nadie se adelanta.

Por tercera y última vez suena la llamada de los clarines. Elsa desfallece; los hombres bajan los ojos vergonzados y un mortal silencio responde al llamamiento.

De pronto, bajando por el río, reluciente al sol, aparece un misterioso caballero, de pie en una barca tirada por un cisne. De plata es su armadura y su casco alado de largas crines. Trae una bocina de oro colgada al cinto y una capa blanca con una paloma bordada en el pecho; de oro son también las bridas del blanco cisne.

Al verle, un grito unánime se levanta entre los brabantones:

—¡Milagro, milagro!

El caballero llega a la orilla, salta sobre el césped y acaricia el cuello del cisne, que, arrastrando la barca, vuelve río arriba, contra la corriente. Después avanza lentamente, saluda al rey y al pueblo y exclama:

—He aquí el paladín que llega de lejos a defender la inocencia.

Y volviéndose a Elsa la toma en sus brazos, diciendo estas palabras:

—Elsa de Brabante: héme aquí dispuesto a defender con las armas tu virtud. ¿Tienes fe en mi valor? Si alcanzo la victoria, júrame que nunca intentarás averiguar cuál es mi nombre, ni mi patria, ni mi raza.

Elsa, que ha permanecido inmóvil, como deslumbrada por un encanto, desde que el caballero apareció, se lanza a sus pies, abrazada a sus rodillas.

—Júrame, Elsa, delante de todos, que nunca intentarás penetrar el misterio de mi vida. Que nunca intentarás saber quién soy ni de dónde vengo.

—¡Lo juro! —exclama Elsa.

Entonces el rey desclava la espada del suelo, golpea con ella tres veces el escudo colgado de la encina, y el juicio de Dios comienza. De uno y otro extremo de la liza salen los dos paladines, guardando el pecho tras los escudos de bronce. Se acometen con violencia, y relumbran sus espadas al chocar. Al segundo encuentro el conde Federico cae al suelo herido, y el caballero desconocido le pone la punta de su espada en la garganta:

—¡Dios ha dado su sentencia contra ti! Tu vida me pertenece. Pero te perdono; arrepíentete.

Los hombres chocan gozosamente sus espadas; los heraldos retiran sus lanzas, y el rey descuelga su escudo de la encina. Sobre el escudo real, el pueblo levanta al vencedor y a Elsa de Brabante, aclamando su inocencia.

Ahora el conde Federico y la hechicera Ortrudis, despojados de sus riquezas y honores, arrastran su vida miserable pidiendo limosna a las puertas de los palacios.

Elsa y el Caballero del Cisne anuncian sus bodas, y el país de Brabante arde en fiestas para celebrar la felicidad de los esposos.

Pero Ortrudis, llena de hiel y perversa ciencia, no olvida su venganza. Al palacio

de Elsa llega a pedir limosna; la princesa, que se siente plenamente dichosa, se conmueve viendo en tan miserable estado a la orgullosa Ortrudis, descalza y hambrienta en la noche. Y la acoge a su lado, como quien acoge una culebra fría al calor de su pecho.

Ortrudis alaba con fingidas palabras la generosidad de Elsa, deseándole larga dicha junto al desconocido. Pero al mismo tiempo vierte arteramente en su alma las primeras dudas con estas palabras:

—Reine muchos años en Brabante el Caballero del Cisne, y quiera el cielo que el mismo misterio que nos lo trajo no nos lo arrebatase sin que sepamos evitarlo.

Estas palabras emponzoñan el corazón de la princesa. Su amor por el Caballero le hace temer el misterio que le rodea, creyéndole víctima de algún hechizo. Y a medida que la duda se apodera de ella, crece la osadía de Ortrudis, insinuándole nuevas sospechas. ¿Por qué no dice su nombre ni su raza el Caballero? ¿Tan vergonzoso es su origen, que no se atreve a confesarlo? ¿Tan poca fe tiene en la que va a ser su esposa, que ni a ella misma quiere descubrirse?

Elsa arroja de su lado a la perversa Ortrudis, tapándose los oídos para no escuchar tales palabras. Pero su corazón tiembla de dudas y de miedo, y la risa desaparece de sus labios.

Hoy se celebran las bodas de Elsa de Brabante y el Caballero del Cisne. Acaban de tocar diana los centinelas de las torres. En la ancha plaza, frente al templo, congégase el pueblo brabanzón, apretándose contra la doble hilera de soldados que guarda el paso del cortejo nupcial.

Del palacio de las mujeres sale la hermosa Elsa, deslumbrante de blancura, seguida de una larga fila de doncellas. Del palacio de los caballeros sale el desconocido, seguido de sus pajes y escuderos. Ante las gradas del templo se juntan y se cogen de las manos.

De pronto un mendigo harapiento se adelanta y se lanza a las gradas altas gritando. Es el conde Federico, excitado por las palabras y consejos de su esposa:

—¡Atrás, impostores! Escúchame, pueblo de Brabante. El fallo de Dios fue profanado por un sortilegio. Cuando ese hombre me venció en el campo del juicio nadie se atrevió a desenmascararle diciéndole estas sencillas palabras: «¿Quién eres tú?». Nadie le conoce; un cisne le trajo misteriosamente, y sus artes de magia le dieron el triunfo. Un hombre así no puede ser nuestro rey. ¡Que declare su nombre y su raza! ¡Que nos descubra su origen! Si no, aquí, delante del pueblo, ¡yo le acuso de impostor!

A estas palabras millares de manos se alzan furiosas contra Federico, y el tumulto del pueblo le rodea amenazador. El Caballero calma a todos levantando su mano, y dice:

—Nobles brabanzones: cuando llegué a vuestro país sólo una cosa pedí

públicamente: que mi secreto fuera respetado. Jamás conviviré con aquél que no tenga fe en mí. No he de contestar al miserable que me interroga. Pero si vosotros quisierais descubrir el misterio, tampoco a vosotros os respondería. Sólo a Elsa contestaré. Que ella me pregunte.

Y Elsa respondió, poniéndole su mano sobre los labios:

—Nada necesito saber. Tengo fe en ti, Caballero del Cisne.

El pueblo prorrumpió en aclamaciones; las puertas se abrieron de par en par y el cortejo nupcial penetró en el templo.

Sentados sobre el lecho, con las manos enlazadas, están los esposos. Por el ventanal, sobre el jardín, se ve un gran cuadro de noche clara, con flores y estrellas.

Habla Elsa en voz baja:

—Tú, Caballero desconocido de todos, no eras desconocido para mí. En sueños te vi antes sobre tu barca encantada, el mismo día que el niño Godofredo desapareció en el bosque. Desde entonces te amaba. ¡Qué desdicha no poder, aquí a solas, bendecir tu nombre!

—¡Elsa!

—Tú me salvaste una vez de la vergüenza y de la muerte. Si un día te amenazara a ti un peligro, ¡qué felicidad poder dar mi vida por salvarte! ¿Nunca me abandonarás, esposo querido? ¿No volverá a arrebatarte de mi lado el cisne que conducía tu barca?

—Calla, Elsa; no temas.

—Me da miedo el misterio que te envuelve. Por milagro apareciste, y temo que milagrosamente desaparezcas también sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. ¿Tan terrible es tu secreto, esposo mío?

—No temas; nada tenebroso hay en mi vida. Vengo de un país de luz.

—¡Oh, de cuál! Tus palabras me llenan de confusión. ¿Por qué a tu propia esposa no puedes decir tu nombre?

—No me preguntes. Guarda siempre la fe jurada,

—No te dé miedo descubrirte a mí, que jamás mis labios traicionarán tu secreto. ¿De qué país vienes? ¿Cuál es tu nombre?

A estas palabras el Caballero se yergue, solemne y grave. Su mirada severa aplasta a la infeliz.

—¿Qué has hecho, Elsa? La felicidad ha huído de nosotros. Más fuerte ha sido en ti la curiosidad que el amor y los juramentos. Desdichada, engalánate con tus blancas vestiduras y vete al amanecer ante la encina de los juicios. Allí, delante del rey y del pueblo, sabrás mi nombre y mi raza.

Y lleno de amarga tristeza abandona la estancia lentamente, mientras Elsa llora sobre el lecho.

En la ancha pradera, a orillas del Escalda, se agolpa el pueblo en torno a la

encina. El rey Enrique preside la asamblea, a la sombra del árbol sagrado.

Elsa llega, blanca y fría, sostenida por sus doncellas. El Caballero se adelanta hasta la encina, con su armadura de plata, su casco de largas crines y su capa blanca, donde hay bordada una paloma. Y con voz firme habla así:

—Rey Enrique, pueblo de Brabante, escuchad: ante vosotros, lleno de dolor, yo acuso de perjurio a esta mujer, a la que ama mi corazón. Contra el juramento que aquí me hizo, ha querido saber mi nombre y mi patria. Y voy a declararlos públicamente.

¿Quién de vosotros se preciará de ser más grande que yo?

Un profundo silencio se hace en la pradera. Elsa, desfallecida, cae de rodillas sobre la hierba. El Caballero continúa:

—Hay en las selvas de Alemania, en un lugar sagrado, un castillo de luz llamado Monsalvat. Allí se guarda la copa de la Sagrada Cena, que custodian los hombres puros de corazón. Una celeste paloma vuela hasta la copa todos los años para renovar su esplendor. ¡Es el Santo Graal! Los caballeros que lo guardan quedan vestidos de celestial poder y caminan invencibles por el mundo defendiendo a los inocentes y a los débiles. Pero deben, en cambio guarda impenetrable el misterio de su vida. Y el día que se descubre, la ley severa del Graal les ordena regresar de nuevo a su país. De allí vine yo a defender a vuestra Elsa. Mi nombre es Lohengrin; mi padre es Parsifal, el santo rey del Graal. Y ahora, pueblo de Brabante, adiós; mi ley me ordena partir al descubrirse el misterio.

Un grito desgarrador se oye en la pradera. Elsa se arrastra de rodillas a los pies de Lohengrin. El pueblo aclama al héroe sagrado, suplicándole que permanezca a su lado.

Lohengrin impone silencio a todos, y besa, llorando, a la pobre Elsa, que se retuerce de dolor a sus pies. Entonces, sobre las aguas del río, aparece el cisne remolcando la barca encantada. Lohengrin acaricia el cuello del cisne tristemente, y volviéndose al pueblo habla por última vez:

—He aquí el pobre cisne, que sufrirá aún más que yo por el perjurio de Elsa. Transcurrido un año de fe a vuestro lado el cisne se hubiera salvado del sortilegio que le encadena y hubiera recobrado su forma humana. Porque sabed todos este cisne es el hermano de Elsa, el príncipe de Brabante.

Al oír esto, abriéndose paso a empujones, avanza la bruja Ortrudis con los ojos llameantes de gozo infernal, gritando:

—Yo fui quien lo robó en el bosque y lo transformó en animal, sujetándole al cuello una brida de oro. ¡Llora a tu príncipe, pueblo de Brabante! Matadme si queréis; nadie me quitará el placer de mi venganza.

Entonces aparece en el aire la blanca paloma del Graal y comienza a volar sobre la barca. Al verla, Lohengrin cae de rodillas, y comprendiendo el celeste aviso, corta con su espada las bridas de oro. El cisne se sumerge en el agua y en su lugar aparece

un hermoso adolescente: es el príncipe Godofredo.

Un grito de admiración conmueve toda la pradera. El joven Godofredo se adelanta a saludar a su pueblo y abraza luego a su hermana, que le besa llenándole de lágrimas.

Lohengrin sujeta las bridas al cuello de la paloma y, conducida por ella, la barca se desliza río abajo hacia el mar.

El pueblo despide tristemente al héroe. Elsa vuelve sus ojos hacia el río y cae desmayada en brazos de su hermano.

La barca encantada se interna en el mar y ya sólo se ve a lo lejos, relumbrando al sol, la armadura de plata de Lohengrin.

HÉCTOR Y AQUILES.

La «Iliada» es el más antiguo poema épico de la literatura universal. Lo compuso, hace tres mil años, un anciano poeta ciego, llamado Homero, gloria de Grecia. Y los rapsodas, sus discípulos, lo cantaron por los caminos y los campamentos, conservando para la inmortalidad, por la belleza de su palabra, el recuerdo de los dos grandes héroes de la guerra de Troya: Aquiles, el de los pies ligeros, y Héctor, domador de caballos.

Hace nueve largos años que el ejército griego acampa, junto a sus negras naves, frente a las murallas de Troya. Durante tanto tiempo sobre la franja de tierra que se extiende entre las murallas y el mar se han desarrollado centenares de combates, donde se han mezclado héroes y dioses, sin que la victoria acabe de decidirse por unos ni por otros.

Fuertes son los griegos de largas cabelleras; los dirige Agamenón, rey de hombres, y a su lado combaten los más brillantes héroes de las islas: el gran Diomedes, de indomable valor; el gigantesco Ajax, de ancho escudo; el prudente Ulises, rico en sabiduría, y el héroe de los héroes, Aquiles, el de los pies ligeros, hijo de una diosa del mar, que al nacer lo bañó en fuego celeste, haciendo su cuerpo invulnerable al hierro, excepto el talón por donde le tenía cogido al sumergirle en el baño.

Pero fuertes son también los troyanos, de tremolantes cascos, endurecidos en el largo asedio. El venerable Príamo, de barba blanca, es su rey. Con ellos combaten el divino Eneas, que ha de fundar el más vasto imperio del mundo, y los hijos de Príamo: Paris, el más bello de los hombres, y Héctor, domador de caballos, el héroe amado de su pueblo, cuya poderosa lanza ha sostenido la esperanza de los troyanos durante los nueve años de lucha.

Los dioses olímpicos también toman parte en el combate, protegiendo con su invisible poder a uno y otro campo. Minerva, la de los ojos claros, diosa de la sabiduría, y Juno, reina del nevado Olimpo, combaten al lado de los griegos. La blanca Venus, diosa del amor, y el fiero Marte, dios de la guerra, pelean al lado de los troyanos.

La belleza de una mujer es la causa de tan cruel guerra. Helena se llama, esposa de Menelao, rey de Esparta, la cual fue raptada de su patria por el amor de Paris, el brillante príncipe troyano, y permanece a su lado tejiendo tapices de púrpura en el

palacio de Príamo.

Hombres y dioses luchan día tras días frente a los muros de Troya, y la victoria no acaba de decidirse. Hambrientos y tristes están los troyanos, llorando el infortunio que la belleza de Helena ha traído sobre la ciudad. Y cansados de la inútil lucha están también los griegos, que acampan junto a sus negras naves de corva proa, cuyos maderos y cordajes se pudren carcomidos de algas y agua salada.

Un día el rey Agamenón injurió gravemente al héroe más valiente de sus ejércitos, al terrible Aquiles, arrebatándole una hermosa esclava ganada como botín en la batalla. Ante tal injuria la cólera del héroe se desató imponente y habló así al orgulloso rey:

—¡Tu codicia te perderá, rey Agamenón, corazón de ciervo! Por vengar a tu familia, ultrajada por el rapto de la bella Helena, abandoné mi patria y combatí a tu lado. Pero si éste es el trato que das a tus valientes, yo te abandono a tus fuerzas. Ni yo ni mis esforzados mirmidones peharemos más junto a ti. Por este mi cetro, que antes fue árbol, lo juro; tan cierto como él no volverá a ser verde ni a dar hojas ni frutos, tus griegos han de acordarse de mi cuando yo no luche a su lado y caigan a centenares bajo el hierro de Héctor, el temido héroe de Troya.

Así habló Aquiles, el de los pies ligeros, golpeando furioso la tierra con su fuerte cetro remachado con clavos de oro. Y dicho esto se retiró a su tienda de troncos de abeto, adornada de escudos y pieles, y maldiciendo del rey comenzó a despojarse de su brillante armadura, arrojó su pesado escudo y su larga lanza de bronce, y lloró a su bella esclava con lágrimas amargas, pidiendo venganza a los dioses.

Al saberse estas noticias, el júbilo y la esperanza cundieron entre las filas troyanas, al mismo tiempo que el desaliento se apoderaba de los griegos, abandonados por el más grande de sus héroes. Muchos pensaron que allí era acabada la guerra, y ardiendo en deseos de regresar a sus hogares corrieron apresuradamente hacia las cóncavas naves, varadas en la orilla, dispuestos a botarlas al mar para partir.

Pero el prudente Ulises, empuñando el cetro de Agamenón, pastor de hombres, y arrojando al suelo su manto, corrió hacia las naves clamando:

—¡Deteneos, héroes y príncipes de Grecia! ¿Qué desaliento o qué miedo puede impulsaros a abandonar así, como medrosas mujeres, el lugar donde tantos hermanos vuestros han perecido? El triunfo será nuestro al fin y en bien corto plazo. Un portento nos lo anunció cuando emprendimos el camino de Troya. Recordadlo: bajo un árbol hacíamos libaciones y sacrificios a los dioses, implorando su apoyo. De pronto un dragón rojo salió del altar y saltó al árbol, donde había un nido de gorriones con ocho crías. La madre piaba angustiada sobre ellos, y el dragón devoró, uno tras otro, a los ocho polluelos y a la madre, quedando luego convertido en piedra. Esto quería decir el prodigio: lo mismo que el dragón devoró entre gemidos a los nueve pájaros, nosotros lucharemos con dolor nueve años. Al cabo de este tiempo el triunfo

será nuestro y Troya será destruida. Recordadlo y empuñad nuevamente las armas, héroes de Grecia. El triunfo será nuestro; el noveno año del asedio va a cumplirse.

Dijo el prudente Ulises, y sus palabras fueron acogidas con aclamaciones por los griegos, que, abandonando de nuevo las naves de corva proa, vuelven al campamento, empuñando sus lanzas y disponiendo para el combate los ágiles caballos y los carros sonoros.

Aquel día fue pródigo en hazañas por una y otra parte y rico en sangre de valientes. Abrazados y revueltos yacían por tierra amigos y enemigos.

Paris, el raptor de la bella Helena, culpable de la guerra, peleaba entre sus enardecidos troyanos, hermoso como un dios. De sus hombros colgaba una piel de leopardo, ceñían sus piernas fuertes grebas con hebillas de plata, su casco tremolaba al viento las largas crines y blandía en sus manos dos afiladas lanzas de bronce.

Al verle en el campo, Menelao, el esposo de la bella Helena, se lanzó hacia él, sediento de venganza, como el león contra el ciervo de enramadas astas. Pero la blanca Venus, viendo el peligro a Paris, su héroe predilecto, lo envolvió en una espesa nube, escondiéndole a los ojos de su adversario, al mismo tiempo que la flecha de un arquero hería a traición a Menelao.

Héctor, el del tremolante casco, el fuerte domador de caballos, orgullo y sostén de Troya, sembraba el espanto entre las filas griegas. Nadie podía resistir su empuje, semejante al del huracán en el bosque, y su hermano Paris, enardecido por la presencia del héroe, también luchaba esforzadamente a su lado.

Tal era el ardor de Héctor, que Minerva, la de los ojos claros, tuvo miedo de que su brazo decidiera en aquel día la victoria, y para evitarlo infundió en su corazón una loca soberbia, que le llevó a suspender la batalla, desafiando a los héroes griegos a luchar contra él solo, uno por uno.

Héctor dirigió a sus enemigos estas aladas palabras:

—Si vuestro campeón me vence en lucha leal, sean tuyas mis armas, y entregue mi cadáver a los míos para que le hagan los honores fúnebres. Yo prometo hacer lo mismo si el triunfo es mío.

Un gran silencio reinó entre los griegos. Ante sus nobles palabras todos sentían vergüenza de rechazar el desafío; pero pocos se atrevían a aceptarlo.

Agamenón convocó a sus héroes, y nueve se adelantaron a luchar contra Héctor. Echadas las suertes, fue designado el gigantesco Ajax; el cual, orgulloso de pelear con tan esclarecido guerrero, avanzó hacia Héctor, guardándose detrás de su inmenso escudo.

Héctor arrojó su larga lanza de bronce, atravesando el escudo de Ajax; pero la afilada punta no llegó a la carne. Entonces el gigante lanzó la suya con vigoroso impulso, y atravesó el escudo de Héctor y la coraza, rasgándole la túnica y haciendo saltar la negra sangre. Pero no por eso se retiró Héctor del combate; sus manos

cogieron un peñasco y lo lanzaron violentamente contra el escudo de Ajax, que resonó al fuerte golpe como un trueno. Luego desenvainaron las espadas, y acercándose uno a otro se disponían a seguir con ellas la lucha. Pero la noche venía encima y los heraldos suspendieron el combate, reconociendo el valor igual de griegos y troyanos. Entonces Héctor pronunció estas nobles palabras:

—Suspendamos, pues, el combate, ya que la noche se acerca. Pero separémonos como enemigos leales, haciéndonos ricos presentes, para que los tiempos venideros puedan decir en justicia que Héctor y Ajax han sabido pelear como leones y tratarse en la tregua con lealtad.

Y acercándose uno a otro, Héctor regaló a Ajax su espada guarnecida con clavos de plata. Ajax regaló a Héctor su tahalí de púrpura.

Desde que Aquiles, el de los pies ligeros, se retiró colérico a su tienda, los héroes griegos mueren a centenares delante de Héctor, y los troyanos se crecen día por día, a pesar de las portentosas hazañas del gran Diomedes y la fuerza del gigantesco Ajax y el valor del prudente Ulises, que habían jurado no regresar a su patria hasta que en Troya no quedase piedra sobre piedra.

Agamenón, rey de hombres, comprende al fin que el triunfo no estará de su parte mientras el terrible Aquiles no vuelva a combatir en sus filas. Y abatiendo su orgullo, decide ofrecerle nuevamente su amistad, devolviéndole la bella esclava que le arrebató y el regalo de sus carros de guerra, sus tesoros y lo mejor del botín que se tome el día en que en las murallas de Troya se rindan. Ajax y Ulises van a la tienda del héroe a llevar este mensaje, precedidos de dos heraldos.

A la puerta de su tienda de ramas de abeto encuentran al divino Aquiles, cantando antiguas hazañas de guerra al son de una lira de plata. Su fiel amigo Patroclo le escucha en silencio, tendido a su lado en el suelo. El héroe recibe a los mensajeros, ofreciéndoles las libaciones y los manjares de la hospitalidad. Después escucha el mensaje de Agamenón, y sin ceder en su cólera responde estas orgullosas palabras:

—Los presentes de Agamenón me son odiosos. Soy tan poderoso como él, y para nada quiero la amistad de su corazón cobarde. Nada haré en favor de los griegos hasta que los troyanos lleguen en su victoria hasta la puerta misma de mi tienda. ¡Pero ay de Troya ese día!

Con estas palabras los mensajeros se retiraron llenos de tristeza a la tienda de Agamenón, rey de hombres.

Triste amaneció hoy el día para los griegos. El gran Diomedes, el prudente Ulises y el mismo Agamenón están heridos por la flecha y la pica. A su alrededor caen amontonados los mejores soldados de Grecia, y los troyanos, guiados por el tremolante penacho de Héctor, llegan ya hasta las mismas naves, lanzando teas ardientes para incendiarias.

Patroclo, conmovido ante el dolor de sus amigos, penetra en la tienda de Aquiles,

que escucha impasible el fragor del combate. Y derramando ardientes lágrimas le habla estas aladas palabras:

—¡Mal empleas tu valor, cruel Aquiles, cruzándote de brazos ante el dolor de los nuestros! Sólo la roca y el mar han podido engendrar tu duro corazón. Los mejores de nuestros héroes están heridos por la aguda flecha y la afilada lanza. Sólo Ayax resiste aún desde las naves, mientras los otros se revuelcan de terror ante Héctor, matador de hombres. Queda tú en la tienda si quieres cumplir tu palabra hasta el fin. Pero déjame a mí tus armas y tu carro; yo me presentaré con ellos en el combate, y los troyanos, confundíendome contigo, retrocederán ante tu espada.

Dijo, y Aquiles, conmovido por el dolor de su fiel amigo, accedió a ello, entregándole no sólo sus armas, sino también el mando de sus hombres, los terribles mirmidones, que, lanzando gritos de júbilo, se aprestan al combate.

Patroclo toma las armas de Aquiles. Ajústase a las piernas sus grebas de broches de plata, protege su pecho con la labrada coraza, cuelga de su hombro la fuerte espada guarnecida de clavos de plata, abraza el ancho escudo y cubre su cabeza con el brillante casco, empenachado de largas crines de caballo. Sólo deja la poderosa lanza, que nadie más que Aquiles puede manejar. Y así armado, en el veloz carro de inmortales caballos, se lanza al combate seguido por los terribles mirmidones, a tiempo que en las naves griegas comienza a prender el incendio.

Al divisar el carro y las armas de Aquiles, el terror se apodera de los troyanos, que comienzan a huir en todas direcciones, retirándose de las naves y acogiéndose al amparo de las murallas.

Héctor, temblando de cólera, grita y combate animando a los suyos y conteniendo el ímpetu de los mirmidones con su lanza de bronce y su fuerte escudo guarnecido de pieles de toro.

El carro de Patroclo atropella a los que huyen; sus gritos y su lanza siembran la confusión en torno suyo. Los caballos troyanos, desuncidos, relinchan y galopan desbocados, como los torrentes que se despeñan bramando por las montañas cuando la tempestad descarga su lluvia sobre la negra tierra,

Sólo un héroe troyano se atreve a hacer frente a Patroclo, y cae desplomado bajo su lanza como la encina que se corta en el monte para tallar un mástil de navío.

Corto y brillante es el triunfo del héroe, que llega en su empuje hasta las mismas murallas. Un venablo le hiere, y las manos de los dioses desatan las correas de su armadura.

Por fin, el carro de Patroclo y el de Héctor se encuentran, y ambos se miran como el león y el jabalí que en la montaña se disputan un manantial. Pero Patroclo está herido: sus ojos se ciegan y el casco rueda de su cabeza. Así va a caer, desarmado, ante la lanza de Héctor, que se hunde en su carne. Patroclo, derribado en el suelo, pronuncia estas amargas palabras:

—No te alabes de mi muerte, orgulloso Héctor, que desarmado llegué a tus manos. Tampoco tú vivirás largo tiempo.

Así dijo, y la muerte le cubrió con su manto.

Cuando Aquiles supo por un heraldo la muerte de Patroclo, un gran grito de dolor estalló en su corazón. Derramó con ambas manos ceniza sobre su cabeza y se tendió llorando sobre el polvo.

Los mirmidones llevaron hasta su tienda el cadáver del héroe. Iba desnudo, porque Héctor, al vencerle, se apoderó, como botín, de su brillante armadura. Aquiles lloró, poniendo sus manos sobre el pecho del amigo. Mandó poner al fuego un gran trípode para calentar agua con que lavar la sangre. Lavó el cadáver y lo ungió con aceite. Después, colocándolo sobre el lecho, lo envolvió con una fina tela de hilo. Y toda la noche la pasó a su lado.

Al día siguiente, furioso y terrible como nunca, el divino Aquiles, resplandeciente de nuevas armas fabricadas por los dioses, entraba en la batalla para vengar la muerte de su amigo.

El hermoso Héctor, domador de caballos, acudía al palacio de Príamo para despedirse de su esposa y de su hijo. Los ancianos y las mujeres lloraban, presintiendo un día de desgracia para los suyos. También lloraba la hermosa Helena por la suerte de Héctor, el único héroe que aún no la odiaba por la desgracia que su funesta belleza había traído sobre Troya.

Pero Andrómaca, la esposa de Héctor, no estaba en el palacio bordando tapices en medio de sus esclavas, sino que desde las altas murallas, con su hijo en brazos, miraba ansiosa hacia el campo de batalla.

Al encontrarse los esposos se abrazaron tiernamente. Héctor fue a besar a su hijo, pero el niño, asustado por el brillo de las armas y el tremolante penacho de crin de caballo, rompió a llorar de miedo, ocultando su cabeza contra el pecho de su madre. Entonces, olvidados por un momento del horror de la batalla, los esposos rieron, abrazados sobre el cuerpo del pequeñuelo.

Héctor se quitó el casco de largas crines, que dejó en el suelo, y tomó en sus brazos al niño, besándole con ternura. Andrómaca, sonriendo en medio de sus lágrimas, miraba a su brillante esposo y al niño, tan pequeño en sus brazos, mientras al otro lado de la muralla corría la sangre de los héroes.

—¡Desdichado Héctor, esposo mío! —clamaba Andrómaca—. No te atrevas a luchar con el terrible rey de los mirmidones. Aquiles mató a mi padre en el sitio de Tebas, y mis siete hermanos han perecido tanibién al empuje de su fuerte lanza. Ten compasión de tu esposa y de tu hijo, noble Héctor. No salgas hoy al combate; no te enfrentes con el invulnerable Aquiles, protegido de los dioses.

—Por la gloria de mi padre y de Troya —respondió Héctor—, no puedo retroceder ante Aquiles. Presiento que el fin de nuestra ciudad se acerca. Entonces

nuestras mujeres serán condenadas a la esclavitud y nuestros guerreros serán pasto de los perros junto a las cóncavas naves. ¡Cierre la negra muerte mis ojos antes de presenciar tanta desdicha!

Y así diciendo, Héctor se cubrió nuevamente con su casco, y dando el último adiós a Andrómaca y a su hijo se alejó hacia el campo de batalla.

Muchos guerreros han perecido ya bajo la lanza del terrible Aquiles. Tantos, que las aguas del río Escamandro, que desemboca junto a las naves, se desbordan llenas de sangre. El héroe huye del río desbordado y llega, acorralando a los troyanos, hasta las mismas murallas. Allí sus ojos se encuentran con los de Héctor, y Aquiles lanza un alarido de júbilo al ver al matador de Patroclo. Su lanza es semejante al rayo; su escudo de cinco capas, de oro y bronce, con abrazaderas de plata, relumbra al sol, y su aspecto sólo es comparable al de Marte, dios de las batallas.

Héctor siente desfallecer su fuerte corazón ante el aspecto terrible y deslumbrante del héroe griego. Da unos pasos atrás, cegado por su esplendor; pero Minerva, la diosa de los ojos claros, queriendo perderle, se presenta a él revistiendo la forma de su hermano y le dice estas palabras:

—Ánimo, mi buen hermano. Luchemos juntos contra Aquiles.

Héctor, confortado por la presencia de su hermano, hace frente al héroe divino, y antes de trabar combate le habla estas aladas palabras

—Escúchame, brillante Aquiles. Uno de los dos ha de morir aquí. Si la victoria es mía, te despojaré de tus armas, pero no insultaré tu cadáver, que entregaré a los tuyos para que lo lloren. Prométeme tú lo mismo y sean los dioses testigos de nuestro pacto.

Pero, mirándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

—No me hables, Héctor, de pactos que no pueden existir entre tú y yo, como no existen entre los leones y los hombres, ni entre los lobos y los corderos. Tú morirás hoy bajo mi lanza y los perros y los buitres destrozarán ignominiosamente tu cadáver, que arrastraré tres veces alrededor de la tumba de Patroclo.

Y así diciendo, arrojó con vigoroso impulso su larga lanza; pero Héctor se inclinó a tiempo, y la lanza de Aquiles se clavó temblando a su lado en el suelo. Minerva la recogió y se la devolvió a Aquiles sin que Héctor se diera cuenta.

El troyano lanzó la suya, que se clavó en el escudo del mirmidón, sin alcanzar a herirle. Volvióse a su hermano para pedirle una nueva lanza, pero su hermano había desaparecido. Entonces comprendió Héctor que todo había sido un engaño de los dioses, y que la hora de su muerte se acercaba. Y dispuesto a morir, empuñó su fuerte espada y se arrojó sobre Aquiles como el águila se lanza impetuosa desde las nubes sobre su presa en la llanura.

Pero Aquiles le esperaba a pie firme, y por las junturas de la coraza le hundió su larga lanza en la garganta. Así cayó Héctor, arañando con sus manos el polvo. Y habló al vencedor con apagada voz:

—Por tus padres te lo ruego, divino Aquiles: respeta mi cadáver, entrégalo a los míos y que los troyanos lo lloren en mi ciudad.

Dicho esto, la muerte le cubrió con su manto. Y su alma abandonó los miembros, llorando porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven.

Pero Aquiles no quiso escuchar su ruego. Le despojó de la ensangrentada armadura y llamó a los griegos, que acudieron, hiriendo todos el cadáver. Después, con tiras de piel de buey, le ataron por los pies al carro del vencedor y le arrastraron hasta las naves, chocando su cabeza contra el suelo y esparcida por el polvo su larga cabellera.

Desde las murallas, Andrómaca y sus padres contemplaban el horrible espectáculo, desganando sus vestiduras y llorando lágrimas desesperadas.

Muchos días lloró aún Aquiles la muerte de su amigo Patroclo, insultando el cadáver de Héctor. Pero los dioses, compadecidos del héroe vencido, cuidaban de noche su cuerpo, lavándolo y cerrando sus heridas.

Por fin, una noche hasta la tienda de Aquiles llegó el venerable Príamo, pastor de hombres y padre de Héctor. Y arrojándose a los pies del héroe abrazó sus rodillas y besó sus manos, suplicándole:

—¡Apiádate de mi vejez, oh poderoso Aquiles! Acuérdate de tu padre, que tiene la misma edad que yo, y conmuévate el dolor de un anciano. He engendrado muchos hijos valientes, que han muerto defendiendo a su ciudad, y el más hermoso de todos, mi querido Héctor, gloria y sostén de Troya, yace aquí, insepulto, como un perro, junto a tus naves. Devuélveme su cuerpo para que los troyanos lo lloren, rindiéndole el culto debido a los héroes. Apiádate de mí, que por amor de Héctor he hecho lo que ningún otro hombre se atrevería a hacer en la tierra: besar las manos del matador de mi hijo.

Estas palabras conmovieron a Aquiles. Y el cadáver de Héctor, envuelto en una valiosa túnica, fue al fin devuelto a Troya.

Los troyanos lloraron a gritos, por espacio de nueve días, sobre el cuerpo destrozado del héroe, cuya cabeza besaba Andrómaca desesperadamente.

Sobre una inmensa pira, en el campo de batalla, colocaron el cuerpo querido, prendiendo fuego a la leña. Apagaron luego con negro vino la llama y recogieron los blancos huesos y las cenizas en una urna de oro cubierta de púrpura. Y llorando lo volvieron en hombros a la ciudad.

Así celebraron los troyanos las honras de Héctor, domador de caballos.

LOS NIBELUNGOS.

«Los Nibelungos» es la obra de los primitivos trovadores germánicos; conjunto de leyendas heroicas, donde se mezclan elementos históricos, fantásticos y mitológicos. Su origen se remonta a los comienzos de la Edad Media, época de las emigraciones guerreras sobre el Sur.

En su narración nos hemos atendido preferentemente a la fabulación y estilo de las «Sagas» primitivas, excepto en algunos nombres y escenas en que hemos acogido la versión dramática, más difundida entre nosotros, de Ricardo Wagner.

En las profundidades de la tierra, en el país de las tinieblas, viven los nibelungos. Son negros y enanos; suyo es todo el oro amarillo de las entrañas de la tierra, y el oro rojo del Rhin, que robaron a las ninfas. Y su rey tiene un anillo maldito, que da la muerte al que lo lleve.

En la corteza de la tierra viven los gigantes y los héroes, Fafnir, el gigante, conquistó el tesoro de los nibelungos y el mágico anillo, y, convertido en un dragón, guarda su tesoro en el brezal de Gnitá. De la raza de los héroes, los welsas son los amados de los dioses. De ellos nace Sigmundo. Y Sigmundo engendrará a Sigfrido, el más sagrado de los héroes.

Y en la región de las nubes viven los dioses. Walhalla se llama su morada. Son seres de luz, y Odín, señor de las batallas, los preside.

Los nibelungos, los héroes y los gigantes se inclinan ante el viejo Odín, cuya lanza de fresno domina el cielo y la tierra.

1. SIGMUNDO.

Odín, el padre de los ejércitos, rey de los dioses, engendró en la tierra una estirpe de héroes, de los que fue el primero Welsa, rey de los francos, el cual engendró una pareja de mellizos: Sigmundo y Signi. La raza de los welsas sobrepujaba a todas las demás en fuerza y hombría, y su destino fue el más brillante y desgraciado que hubo sobre la tierra.

Welsa había mandado construir una sala famosa, en cuyo centro erguía el tronco de una colosal encina. Sus ramas, cubiertas de flores, formaban el techo de la sala, y su tronco no lo podían abarcar entre diez hombres.

Hunding, rey de Gautlandia, se enamoró de la princesa Signi y la pidió por esposa, a pesar de que el corazón de Signi no estaba inclinado hacia el feroz guerrero.

Dispusiéronse las bodas en la sala en cuyo centro se erguía la encina. Grandes fuegos ardieron en larga fila. Por la noche, cuando los barones estaban sentados junto a los fuegos, sobre las pieles de oso, entró en la sala un hombre desconocido de todos. Llevaba un gran manto azul y un sombrero de enormes alas echado sobre un ojo. Caminaba descalzo; era muy alto, viejo y tuerto. En la mano llevaba una brillante espada, con la que se acercó a la encina, clavándola en el tronco con tal fuerza, que penetró hasta el puño, Y habló así a los barones, atónitos:

—Quien esta espada saque del tronco recíbala de mí como regalo, y mostrarán sus hechos que nunca mejor espada manejaron las manos de los hombres.

Dicho esto, el desconocido desapareció. Era Odín, el dios de luz, padre de los ejércitos.

En seguida se esforzaron todos por apoderarse de la espada. Pero sus esfuerzos fueron vanos; nadie consiguió moverla. Sólo la mano de Sigmundo logró arrancarla con la misma facilidad con que se arranca del árbol una flor. Era la más hermosa espada que jamás se viera, y Hunding deseó poseerla a toda costa. Ofreció a Sigmundo tres veces el peso de la espada en oro; pero Sigmundo contestó con desprecio:

—Como yo, pudiste cogerla cuando estaba clavada en la encina. Si no lograste hacerlo es que no te corresponde el honor de ceñirla.

Estas palabras irritaron a Hunding, que se vio escarnecido delante de sus barones. Y aquella misma noche meditó su venganza.

Al día siguiente dijo Hunding que quería aprovechar el buen tiempo para regresar a su país antes de que los vientos crecientes le cerrasen el mar. Signi, con el alma llena de tristes presentimientos, le acompañó a viva fuerza. Y Hunding, al marchar, invitó al rey Welsa y a Sigmundo a ir a visitarle en su reino a la vuelta de tres meses.

Por el tiempo convenido partió Welsa con Sigmundo y sus héroes hacia Gautlandia, a hospedarse en casa del rey su yerno. Ya era de noche cuando tomaron tierra sus barcos. Protegida por la obscuridad, llegó Signi a las naves y descubrió a su padre y su hermano que Hunding les preparaba una traición y habla reunido un gran ejército para aniquilarlos. Pero Welsa se negó a retroceder.

—No temo a la muerte —dijo—, que un día debe llegar para todos. He hecho voto de no retroceder jamás ni por miedo, ni por fuego, ni por hierro. En cuanto a ti, suceda lo que suceda, tu deber es estar al lado de tu esposo.

Así regresó Signi aliado de Hunding. Los welsas permanecieron aquella noche en las naves, y a la mañana siguiente trabaron dura batalla con el ejército de Hunding. Welsa, secundado por la espada sagrada de Sigmundo, animaba con enérgicos gritos a sus escasos hombres, y por ocho veces irrumpió aquel día en las filas enemigas, asestando terribles golpes con sus dos brazos. Pero a la novena vez hubo de sucumbir al número, y allí cayó muerto el rey Welsa con todos sus héroes.

Sigmundo fue hecho prisionero; Hunding le arrebató su espada y le reservó un tormento más espantoso que la muerte. Solo y desnudo fue abandonado entre las fieras del bosque, y allí vivió por espacio de varios años, en una caverna, en compañía de los lobos, que aprendieron a respetar su fuerza y su fiereza. Hunding vivía tranquilo creyendo haber aniquilado la temible raza de los welsas.

Un día, extraviado por una fragorosa tempestad, Sigmundo se perdió en la selva, y caminando a la ventura llegó ante la puerta de un palacio. Entró a pedir albergue y halló a una hermosa mujer que, al reconocerle, se lanzó llorando en sus brazos. Era Signi, su hermana, la cual le dijo:

—¡Oh Sigmundo, hermano, todos los días te he esperado desde la muerte de mi padre! Su sangre no ha sido rescatada y aguarda venganza. Hunding ha salido de cacería y pronto regresará. Toma, Sigmundo, la espada que en casa de mi padre desclavaste del tronco de la encina.

Sigmundo abrazó a su hermana, tomó la espada, y bajando los establos, esperó allí oculto entre la yerba. Poco después se oyeron los cuernos de caza y el ladrido de la jauría, y Hunding, con cien hombres, entró en su palacio. Desciñeron las espadas, se quitaron los cornudos cascos y las pieles de oso y se sentaron a la mesa, llenando las copas de hidromiel.

De pronto una puerta se abrió y Sigmundo se lanzó de un salto a la mesa de banquete, dando un grito salvaje: «¡Welsa, Welsa!».

Al reconocerle, el terror se apoderó de todos pero su espada, rápida como el rayo, no perdonó a ninguno. Allí cayó el feroz Hunding con todos sus hombres.

Después Sigmundo corrió al bosque; con su espada comenzó a derribar árboles, y llevándolos en sus brazos los amontonó en la sala del banquete y prendió fuego a todo. Finalmente, llamo a su hermana para que se fuera a vivir con él al bosque. Pero

Signi le contestó:

—Ya nada tengo que hacer en el mundo, puesto que la sangre de mi padre está vengada. Ahora sabré cumplir también como esposa muriendo con los míos.

Y así diciendo se arrojó a la hoguera.

Años después, Sigmundo, vencedor en cien combates y poseedor del reino de su padre, se enamoró de Siglinda, la hija del rey Eulimi, la más hermosa y prudente de las mujeres. Y a despecho de muchos otros pretendientes, se casó con ella, que también le amaba.

Entre los pretendientes desdeñados había uno de la estirpe de Hunding, el cual reunió a sus guerreros y se dirigió contra Sigmundo, retándole públicamente. Los enemigos llegaron de Gautlandia en sus barcos. Sigmundo envió a Siglinda al bosque; alzó su bandera y mandó tocar los cuernos de guerra. Su tropa era mucho más pequeña que la de los enemigos. Pero Sigmundo luchaba bravamente a la cabeza; ni broquel ni coraza resistían sus golpes, y repetidas veces rompió las filas contrarias. Largo tiempo duró la batalla. Sigmundo tenía los dos brazos teñido de sangre enemiga hasta por encima del hombro.

Entonces apareció en el campo de batalla un desconocido. Llevaba un gran manto azul y un sombrero de enormes alas, echado sobre un ojo; era muy alto, viejo y tuerto. Avanzó contra Sigmundo y blandió delante de él su lanza de fresno; Sigmundo descargó su espada contra ella, y la espada se rompió en cien pedazos. Entonces se trocó la fortuna, y Sigmundo cayó en la batalla a la cabeza de sus hombres.

Por la noche Siglinda vino a llorarle sobre el campo. Sigmundo, reuniendo todas sus fuerzas, le habló estas palabras:

—Los dioses me han derrotado. Odín no quiere ya que yo ciña su espada, puesto que la rompió, y ha elegido nuevos héroes. Tú llevas en tu seno un hijo mío que pronto ha de nacer; Sigfrido será su nombre. Cuídalo bien, porque él será el más grande y glorioso de los welsas. Conserva también los trozos de mi espada, que un día vendrá en que se forje con ellos una nueva espada, aun más fuerte y hermosa. Nuestro hijo la llevará, y con ella ha de realizar hazañas que nunca se olvidarán, y su nombre vivirá lo que el mundo dure. Sea éste tu consuelo. Adiós, Siglinda, yo te dejo; voy en busca de los amigos que me han precedido en la muerte.

—Con estas palabras Sigmundo entró en la agonía. Siglinda estuvo inclinada sobre él hasta que expiró, cuando comenzaba a clarear el día.

2. SIGFRIDO Y EL DRAGÓN.

Cuando Sigmundo hubo muerto, volvió Siglinda al bosque, y allí, en gran dolor y soledad, dio a luz un niño. Y en seguida murió. Pero el niño creció, como había vivido su padre, salvaje entre los animales del bosque.

En el bosque habitaba un hábil herrero, conocedor del destino. Era un enano nibelungo, llamado Mimir. Hacia su fragua llegó un día un niño que salía corriendo de la espesura, y cuando Mimir lo vio exclamó lleno de alegría:

—He aquí a Sigfrido, el vástago de Sigmundo; el audaz héroe llegó a mi casa Gran botín me prometo de este lobezno.

Mimir educó a su lado al pequeño Sigfrido, enseñándole el oficio de la fragua; y cuando el niño hubo crecido, incitó al joven héroe a matar al dragón Fafnir, que custodiaba en el brezal de Gnitá el prodigioso tesoro de los nibelungos: montones de oro y joyas, y el yelmo encantado, que tenía la virtud de cambiar el rostro del que lo llevaba puesto. También formaba parte del tesoro el anillo maldito de los nibelungos, que atraía la desgracia sobre quien lo poseyera. El fabuloso tesoro había estado mil años bajo el agua verde del Rhin, custodiado por tres ninfas. A ellas lo había robado el rey de los nibelungos. Y a los nibelungos se lo arrebató el gigante Fafnir, el cual, por la maldición del anillo, se transformó en un colosal dragón, que, oculto en el brezal de Gnitá, dormía siempre con los ojos abiertos sobre su tesoro.

El astuto Mimir, contemplando el valor indomable del joven Sigfrido, pensaba: «Este lobezno de los welsas es el único sobre la tierra que sería capaz de matar al dragón Fafnir. Si consigo que lo haga, yo lo mataré a él cuando duerma, y el tesoro de los nibelungos será sólo mío».

Pero cuando Sigfrido oía contar el cuento del tesoro, se reía; a él nada le importaba el oro, y sólo le gustaba saltar por las rocas tocando su bocina de plata y medir su fuerza con los animales del bosque. Luego se burlaba del enano, diciendo:

—Viejo remendón, si quieres que mate al dragón fórjame antes una espada que taje la roca y el hierro.

Mimir trabajaba afanosamente por forjar la espada deseada; pero cuando estaba concluida, Sigfrido llegaba saltando del bosque, daba con ella un tajo en el yunque y la espada se rompía.

Un día, en el lugar del bosque donde su padre había muerto, el joven Sigfrido encontró los pedazos de una espada rota. Conoció que eran de la materia más noble y decidió forjar con ellas una espada nueva. Se fue a la fragua, y ante el asombro del nibelungo limó todos los trozos, reduciéndolos a polvo; los fundió luego juntos en el fuego, templó el hierro ardiente en el agua fría de Rhin, y cuando la espada estuvo

terminada dio con ella un tajo en el yunque, y el yunque se rajó en dos pedazos. Brillaba la espada como el oro, y sus filos parecían de fuego. Sigfrido la blandió alegremente sobre su cabeza, y seguido por el enano se internó en el bosque en busca del dragón.

Al cruzar el Rhin vio un rebaño de caballos salvajes. Los espantó a gritos, persiguiéndolos hasta la orilla del río; pero al llegar al agua todos se encabitaron y retrocedieron espantados, menos un potro. Entonces Sigfrido, alcanzándolo a nado, lo tomó por suyo y le puso por nombre Grani. Y a caballo de Grani llegó al amanecer del día siguiente al brezal de Gnita.

Allí estaba el dragón tumbado sobre su tesoro, a la entrada de una cueva. Era de colosales dimensiones, parecido en la forma de un lagarto; su baba venenosa corroía la carne y los huesos, y su cola de serpiente, al golpear las rocas, las hacía saltar como el cristal.

Al ver al joven el dragón rugió sordamente y sus ojos lanzaron fuego. Se arrastró hacia él haciendo retemblar la tierra a su paso. Quiso derribarle de un coletazo, pero Sigfrido le hirió en la cola con su espada. Entonces el dragón, lanzando un rugido espantoso, se abalanzó de frente contra él para aplastarle con todo su peso. Y Sigfrido aprovechó el momento para hundirle su espada en el corazón hasta el puño. El monstruo, al sentir la mortal herida, se estremeció y golpeó con la cabeza y la cola a su alrededor desesperadamente, tanto, que los árboles saltaban en astillas.

El nibelungo, temblando de miedo, contemplaba la batalla escondido entre los matorrales. Cuando el dragón hubo muerto, Sigfrido limpió la hoja de su espada en la yerba y penetró en la cueva del tesoro. Despreció el oro y sólo tomó el casco mágico, que colgó de su cinturón, y el anillo maldito, que se puso al dedo sin conocer la fatalidad de su poder.

Después, sintiendo hambre, arrancó el corazón del dragón y lo asó clavado en una espina. Al ir a tocarlo para ver si estaba bien asado se quemó el dedo; llevóse el dedo a la boca, y en cuanto la sangre del dragón tocó su lengua comprendió por arte de milagro el lenguaje de los pájaros.

Estaba sentado bajo un tilo, y desde las ramas le habló un abejaruco, descubriéndole su estirpe y su destino:

—De la estirpe de los dioses vienes, Sigfrido; welsas fueron tu padre y tu abuelo. Naciste de Siglinda, abandonada en el bosque, y del rey Sigmundo, muerto en el campo de batalla. Has fabricado tu espada con los trozos de la espada de tu padre, rota por el mismo Odín, dios de las batallas. Fatal te ha de ser el anillo que has conquistado hoy; guárdate de la traición. El triunfo te aguarda, y tu fama será eterna como el mundo. Pero morirás joven, al conocer el amor.

Sigfrido, sin importarle la voz que le hablaba de muerte, se llenó de gozo al conocer su estirpe y saber que la sangre de los welsas corría por sus venas. Luego

preguntó al pájaro:

—Dime buen abejaruco, ¿dónde encontraré el amor?

—Sígueme —respondió el pájaro—. Dormida está la doncella en altas rocas, en la peña de la Corza, rodeada de fuego. Sólo el valiente salvará el cerco de llamas y la despertará de su sueño.

Y dicho esto, el abejaruco desplegó las alas. Sigfrido saltó sobre su fiel Grani y, abandonando al nibelungo, siguió por el bosque el vuelo del pájaro.

3. AMOR Y MUERTE DE SIGFRIDO.

Siguiendo el vuelo del pájaro, Sigfrido cabalgó hacia el sur y llegó ante la peña de la Corza, rodeada de llama. Un estrecho desfiladero conducía a la cumbre. Cuando se disponía a subir le salió al paso un desconocido; vestía un gran manto azul y cubría su cabeza con un sombrero de anchas alas; era muy alto, viejo y tuerto. Se colocó delante de Sigfrido, cerrando el paso con su lanza, y le gritó:

—¿Hacia dónde caminas, joven héroe?

—En busca del amor. Voy a la cumbre, donde una doncella me espera, dormida entre las llamas.

—Detente. ¡Ay de ti si das un paso! Esa doncella es mi hija Brunilda; en otro tiempo era una walkyria^[2], mensajera de las batallas. Pero un día, desobedeciendo mis órdenes sagradas, quiso proteger en el combate al rey Sigmundo, y yo la desposeí de su divinidad, transformándola en mujer. Le clavé la espina del sueño y la condené a un profundo sopor, del que sólo la despertará aquél que no haya conocido el miedo.

—Yo la despertaré —exclamó Sigfrido.

—Pues bien; demuestra antes tu valor. Atrévete a luchar con Odín, señor de los ejércitos. Desenvaina tu espada contra esta lanza de fresno que un día rompió en cien pedazos la espada del rey Sigmundo.

—¡Ah! —gritó Sigfrido—. ¡Por fin encuentro al enemigo de mi padre!

Y desenvainando su espada se lanzó contra el dios. Al encuentro de las armas se oyó un trueno espantoso, y la lanza de fresno saltó hecha astillas.

¡Tú eres el más valiente de los héroes! —exclamó Odín—. Pasa; no puedo detenerte.

Y envuelto en una niebla desapareció.

Sigfrido subió a caballo el desfiladero y llegó ante el cerco de fuego. Crepitaban las llamas, retorciéndose como serpientes, y sus lenguas llegaban hasta el cielo. Sigfrido se llevó a los labios su bocina de plata y clavó la espuela en los ijares de Grani, que resoplando se lanzó de un salto en medio del incendio. Las llamas chocaban furiosas contra el cuerpo del héroe, resbalando sobre su coraza.

Al fin Sigfrido traspasó la muralla de fuego y, dormido bajo un pino de copa redonda, vio a un guerrero armado de yelmo y coraza en el centro de un círculo de escudos blancos y rojos.

Se acercó a él, saltando sobre los escudos; le quitó el yelmo, rasgó con su espada el acero de la coraza de arriba abajo, y vio que era una hermosísima doncella.

Al abrirse la coraza despertó la durmiente, y preguntó, enderezándose:

—¿Quién ha atravesado por amor el fuego? ¿Quién ha roto las pálidas ataduras de

mi encantamiento?

—Ha sido Sigfrido el welsa, el hijo de Sigmundo. Su espada ha roto tu sueño.

—Salve a ti, ¡oh Sigfrido!, a quien esperaba mi corazón.

—Salve a ti, ¡oh Brunilda! Mi amor y mi espada te despiertan a la vida.

Y Brunilda y Sigfrido, en prenda de amor, cambiaron sus anillos. De este modo Sigfrido, sin saberlo, condenaba a muerte a su amada entregándole el anillo de los nibelungos, cuyo fatal poder no conocía.

Tres días permaneció el héroe en la peña de la Corza, pasado este tiempo decidió dejar allí a Brunilda para volver a buscarla cuando hubiera castigado a todos los enemigos de su padre y reconquistado su reino.

Cruzó el mar hacia Gautlandia en medio de una violenta tempestad. Las olas chorreaban por el barco como el sudor por los costados de un caballo en la batalla. Sigfrido, erguidos en la proa, tocaba su bocina de plata desafiando alegremente la borrasca:

—¡Aquí está Sigfrido sobre los árboles del mar! Él vencerá a las olas y vengará la muerte de los welsas.

Y a su voz amaina la tormenta y cede el oleaje.

Así llegó a la tierra de los hijos de Hunding, donde encendió una tremenda lucha con los enemigos de su estirpe, vencéndolos a todos y arrebatándoles su reino.

Una noche, navegando de regreso hacia el Sur en una barca sobre el Rhin, atracó Sigfrido a la puerta de un gran palacio. Era la casa del rey Gunar, el cual tenía un hermano bastardo llamado Hagen, hijo de nibelungos, y una hermana llamada Grimilda, hermosa entre las mujeres. Gunar era un joven héroe que sabía apreciar el valor, y acogió gozoso en su palacio a Sigfrido, colmándole de honores.

Pasaron muchos días divertidos en cacerías y festines, y Gunar y Sigfrido se juraron eterna amistad, haciendo gotear juntos su sangre sobre la huella del pie en señal de sagrada alianza.

Grimilda se enamoró del hijo de los welsas, que guardaba puro su corazón para Brunilda. Y un día, cegada por su amor, le preparó una bebida mágica, que hacía olvidar el pasado. Mezclada en la copa de hidromiel se la ofreció en el banquete, y al beberla, Sigfrido sintió nublarse su pasado, y de su memoria se borró el amor de Brunilda y la promesa que los unía. De este modo Grimilda logró sus propósitos, y al día siguiente celebró sus bodas con Sigfrido, que ya no pensó más en dejar el palacio.

Pasó algún tiempo, Un día Gunar oyó hablar de una doncella encantada que vivía en la peña de la Corza rodeada de fuego y decidió ir allá a conquistarla. Sigfrido, sin acordarse de nada, le acompañó en la aventura.

Juntos llegaron a la cumbre. Gunar trató de atravesar la muralla de llamas, pero su caballo retrocedió, relinchando, espantado. Quiso repetir la prueba montado en Grani, pero el caballo de Sigfrido también se negó a avanzar bajo las piernas de Gunar.

Entonces Sigfrido se ofreció a realizar la empresa por su hermano de sangre; se puso el yelmo encantado que conquistara en la cueva del dragón, y su rostro se cambió por el de Gunar. De este modo Sigfrido atravesó nuevamente las llamas y el círculo de escudos.

Brunilda, al ver avanzar al desconocido, retrocedió sorprendida, exclamando:

—¿Quién es el atrevido que atraviesa mi cerco de fuego?

—Soy el rey Gunar —respondió Sigfrido—. Prometida estás al que atraviese las llamas, y conmigo vendrás a mi palacio.

—Imposible —dijo Brunilda—. Mi corazón es de Sigfrido el welsa, cuyo retorno aguardo.

—En vano aguardas —respondió Sigfrido riendo—. El welsa se ha desposado con la hermosa Grimilda, mi hermana, y vive feliz en sus brazos.

Al oír esto, Brunilda se llenó de celos y de ira contra el perjuro, y se decidió acompañar a Gunar, meditando una venganza. Al bajar de la peña de la Corza, Gunar y Sigfrido trocaron nuevamente sus rostros, y fueron hasta el palacio sin hablar una palabra en el camino.

Sin alegría se celebraron las bodas de Gunar y Brunilda. La hermosa no podía contener su llanto, y cuanto más meditaba su venganza, más sentía crecer su amor por el rey Sigfrido. Al caer la tarde salía del palacio y caminaba llorando, cubierta de nieve y hielo, mientras Grimilda subía con su amado al lecho y cerraba en torno las colgaduras.

Tampoco Sigfrido era feliz. Cuando sus ojos se encontraban con los de Brunilda, su corazón se llenaba de pena, queriendo recordar; pero en su memoria había una laguna de nieblas. Y apartaba sus ojos de Brunilda, sobrecogido de temor.

Un día Brunilda descubrió el poder mágico del yelmo, y supo que el propio Sigfrido la había conquistado por segunda vez en figura de Gunar. Entonces, desesperada por el silencio y la ingratitud del héroe, habló a su marido, incitándole a la venganza:

—Sigfrido te ha traicionado, ¡oh Gunar! Él fue mi primer esposo, atravesando las llamas antes que tú. Tres días permaneció conmigo en la peña de la Corza, y te lo ha ocultado. He aquí su anillo, que me entregó en prenda de amor.

Gunar lloró de dolor al saber esto. Su corazón clamó venganza; pero recordó el juramento sagrado que le unía a Sigfrido: juntos habían hecho gotear su sangre en señal de alianza, y su espada no podía romper la fe jurada.

Entonces llamó a su hermanastro Hagen, hijo de nibelungos, que no había hecho alianza de sangre con Sigfrido; incitó sus instintos contra el welsa, prometiéndole el tesoro del Rhin conquistado al dragón. Le enardeció con bebidas y le dio a comer carne de lobo, hasta que Hagen, salvaje y borracho, juró la muerte del héroe.

Allí en el bosque de encinas, junto al Rhin, al pie de la fuente fría, donde antaño

custodiaron las ninfas el tesoro de los nibelungos, allí se consumó la gran traición. Allí murió el brillante héroe del Sur.

Sigfrido llegó a la fuente cansado de la cacería, se despojé de su escudo y de su espada y se sentó a reposar junto a Grani, que pacía entre la yerba. El abejaruco le habló desde la rama de un tilo:

—Morirás joven, héroe sagrado; la traición te acecha. Tu corazón está ciego por un brebaje que Grimilda te dio a beber en la copa de hidromiel. ¿No recuerdas a Brunilda, la hija de los dioses, tu esposa de tres días? Bebe de la fuente fría, Sigfrido, y tu corazón recobrará la memoria.

Sigfrido se inclinó de bruces sobre la fuente. Según bebía, sus sentidos se aclaraban. Y vio a Brunilda dormida bajo el pino, dentro de un círculo de escudos, rodeada de llamas; la vio despertarse cuando su espada le rasgó la coraza...

De pronto dos cuervos volaron sobre la fuente. Entre la sombra de la noche, saliendo del bosque, apareció Hagen, y blandiendo su lanza en el aire la lanzó contra Sigfrido, clavándosela en la espalda. La sangre de héroe tiñó la fuente y su rostro se hundió en el agua roja. Su caballo huyó, relinchando espantado, por la selva.

Los guerreros de Gunar llevaron al palacio el cadáver sagrado, tendido sobre su escudo, y alumbrando la noche con antorchas. Grimilda se retorció las manos de dolor, llenando el aire con sus gritos.

Brunilda, pálida y fría, dispuso la ceremonia fúnebre. Hizo levantar en el bosque una enorme pira de troncos de fresno, rodeada de colgaduras y escudos; en lo alto de la pira, dividiéndola en dos mitades, puso la invencible espada de Sigfrido. Colocó a su lado el cadáver sagrado, cubierto de ricas pieles, y todos sus tesoros, y sus armas de caza y de guerra. También ella se adornó de joyas y collares. Con sus propias manos encendió una tea de resina olorosa y prendió fuego a la pira.

Luego, cuando las llamas se elevaron, enrojeciendo la noche, habló a todos:

—Yo voy a morir también; así lo quiere mi amor y este anillo de los nibelungos que reluce en mi dedo. Sólo a Sigfrido he amado, y no pudiendo vivir al lado del héroe, yo misma he pedido su muerte, para morir junto a él. Unidas irán al viento del bosque nuestras cenizas.

Y diciendo estas palabras se arrojó a la pira, al lado de Sigfrido. Una misma llama los consumió a los dos, separados por el filo de la espada.

EL CANTAR DE ROLDÁN.

El «Cantar de Roldán» florece en los primeros pasos de la poesía francesa, a fines del siglo XI, y está escrito por un juglar desconocido. Es una maravillosa pintura de la Alta Edad Media. Describe al Emperador Carlos el Grande y a sus doce Pares, Y canta la tragedia de Roldán en los puertos de Roncesvalles.

Siete años ha morado en España Carlomagno, nuestro gran Emperador. La alta tierra ha conquistado hasta el borde del mar. Ni hubo castillo que ante él resistiese, ni ciudad ni muro que no derribase. Menos Zaragoza, que se halla sobre una colina, sometida al rey moro Marsil, que no adora al Señor.

Marsil tiene miedo de Carlos el Grande, y busca la manera de engañarle para alejarle de sus tierras, Reúne a sus condes y duques en un vergel, sobre una grada de mármoles azules, y allí toman la decisión de enviarle un mensaje de servidumbre, ofreciéndole lebreles, osos y leones, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y armas y tesoros para que no le haga más la guerra y se vuelva a su corte de Aquisgrán. También le ofrece hacerse cristiano y ser su amigo.

Pero el rey Marsil miente. Su propósito siempre fue la traición.

En una ancha pradera está Carlos, el Emperador de la barba florida. Le rodean sus doce Pares: Roldán, su sobrino, y Oliveros el esforzado, y el altivo Anseís y Godofredo de Anjou, gonfalonero imperial, y Turpín de Reims, el valiente arzobispo, y Engleos, y Garin y Gerer, con otros muchos caballeros de la dulce Francia, hasta contarse quince mil.

Bajo un pino, junto a un agabanzo, allí está sentado Carlos el rey, el dueño de la dulce Francia. Blanca es su barba y florida su cabeza. Los mensajeros de Marsil le reconocen en seguida por su gallardía. Descabalgan, le saludan con reverencia y amor y dicen su mensaje.

Carlos escucha el mensaje, baja la cabeza y comienza a meditar. Su palabra jamás fue apresurada. Después, bajo los pinos, sobre una blanca alfombra, convoca a sus barones a consejo. Allí está la flor de los caballeros de Francia, y entre ellos Ganelón, por quien fueron traicionados.

Allí habló el conde Roldán, el sobrino del Emperador, el más esforzado de los doce Pares:

—¡Ay de vos si os fiáis de Marsil! Siete años enteros llevamos ya en España. Y

siempre el rey Marsil se portó como un traidor. Nos enviaba a sus siervos con ramos de olivo y mensajes de paz. Pero luego hacía decapitar a nuestros emisarios. No os fiéis en la palabra de Marsil.

Así habló el valiente Roldán. Carlomagno se alisa la barba y calla meditando. Los francos callan también.

Luego habló Ganelón, altivo, erguido sobre sus pies:

—Roldán no ha hablado en vuestra pro. Él siempre quiere guerrear y poco le importa de nuestras vidas. Cuando el rey Marsil os pide la paz y se ofrece por siervo vuestro no debéis rechazar tales promesas. Dejemos a los locos y atengámonos a la razón.

Así habló Ganelón, y sus palabras parecieron bien a los francos. Nadie podía adivinar en él a un traidor.

Entonces se oyó la voz noble y clara del Emperador:

—Señores franceses, ¿quién podría marchar a Zaragoza con un mensaje mío al rey Marsil?

—Yo iré, con vuestra venia —responde Roldán—. Dadme el guante y el bastón de emisario.

—Vos no —replica el conde Oliveros—; vuestra vida es demasiado preciosa para arriesgarla en esta empresa. Si el rey quiere yo iré.

—Ni uno ni otro pondréis allá las plantas —replica el rey—. Por ésta mi barba que véis aquí nevada, ¡malhaya quien me designe a uno de los doce Pares!

Los francos enmudecen y aguardan sobrecogidos.

—Que vaya entonces mi padraastro Ganelón —dice Roldán.

Y así se acuerda.

El conde Ganelón está en gran pena. De su cuello va arrancándose las anchas pieles de marta y queda cubierto con el brial de seda. Tiene los ojos encendidos, y le tiemblan las manos, porque quien va a Zaragoza no sabe si volverá. Roldán se ríe al verle temblar, y Ganelón está a punto de estallar de rabia.

—Te odio, Roldán, porque has hecho recaer en mí esta elección injusta. Si Dios permite que vuelva, guárdate de mí.

Luego va a tomar el guante y el bastón del Emperador para llevar su menaje. Pero al hacerlo, el guante cae al suelo y los francos exclaman:

—¡Dios! ¿Qué significa esto? Con mal augurio comienza esta embajada. Algún mal nos ha de venir de ella.

Ahora cabalga Ganelón hacia las tierras de Marsil. Lleva espuelas de oro y ciñe su espada Murglés al costado. Por el camino va maldiciendo de Roldán, y de Oliveros por ser su amigo, y de los doce Pares por el amor que el rey les profesa. Y en su corazón va meditando una traición para perderlos.

Tanto ha cabalgado por caminos y veredas, que ya echa pie a tierra frente a la

tienda de Marsil, Allí se concierta la vil traición. Ganelón recibe del sarraceno armas y tesoros, ajorcas de oro con jacintos y amatistas. Y en secreto descubre al rey Marsil la traza de que puede valerse para matar a Roldán.

—Yo engañaré a mi rey —le dice— haciéndole creer en vuestra sumisión. Le llevaré vuestros rehenes y presentes, y Carlos me creará y se internará con sus tropas por los desfiladeros de Roncesvalles. Tras él quedará la retaguardia con su sobrino Roldán y el esforzado Oliveros. Allí los cercarán vuestras tropas cuando ya el rey esté lejos y no pueda volver en su auxilio. Si lográis que Roldán sea allí muerto, arrebataréis a Carlomagno el brazo derecho de su cuerpo, y su ejército ya no volverá a pasar los Pirineos contra vos.

—Juradme vos traicionar a Roldán —dice Marsil.

—Así sea —responde Ganelón—. Y sobre la cruz de su espada Murglés jura la traición.

Mucho madrugó el Emperador. Erguido está ante su tienda, sobre la verde yerba, entre Roldán y Oliveros, cuando llega de regreso el perjuro Ganelón y comienza a hablar con gran astucia.

—Dios os salve, rey Carlos. Aquí traigo para vos las llaves de Zaragoza y un tesoro que os envía el rey Marsil, vuestro vasallo. Cierto era su mensaje de sumisión. Vuestros ejércitos pueden marchar tranquilos y honrados. Volvámonos a nuestra Tierra Mayor. Internémonos hoy mismo por los desfiladeros de Cize y que Roldán y Oliveros queden atrás para guardar la retaguardia.

La noticia es acogida con júbilo. Entre las filas resuenan mil clarines. Los francos alzan las tiendas, cargan las acémilas y todos se encaminan hacia la dulce Francia.

A la noche, el conde Roldán sujeta a su lanza el gonfalon y en la cima de un otero lo yergue hacia las nubes. A esta señal los francos acampan por todo el contorno.

Entonces, por las anchas cañadas, vienen cabalgando los infieles. La cota llevan puesta, el escudo al cuello, atado el yelmo y la lanza prevenida. En una selva se detienen y se emboscan, esperando al alba para caer por sorpresa sobre la retaguardia cuando el grueso del ejército se aleje. Son cuatrocientos mil. ¡Dios, qué dolor, que nada sepan los franceses!

La noche es sombría. Duerme Carlos, el poderoso Emperador. Soñó que estaba internado en los desfiladeros de Cize. Entre sus manos tenía su lanza de fresno. El conde Ganelón se la arrebató, y tan fuerte la sacude, que vuelan hasta el cielo las astillas. Carlos duerme.

Después tiene otra visión. Sueña que está ya en su reino, en Aquisgrán. Un oso terrible le muerde el brazo derecho, Y un leopardo de las Ardenas se lanza contra él. Un lebrél defiende a Carlos, y lucha contra el oso y el leopardo. ¿Qué significa aquello? Nadie lo sabe. Carlos duerme.

A la mañana siguiente el rey está triste por sus sueños, y apenas puede contener

las lágrimas. Un presentimiento habla en su corazón. Entrega su arco a Roldán, que ha de quedar en retaguardia defendiendo el paso, y le abraza tiernamente. Es su sobrino, es el mejor paladín de los francos. ¿Quién no llorarla al dejarle en tan gran peligro? Carlos recuerda ahora sus sueños y mira con rencor a Ganelón. Después da la orden de marcha, y sus tropas cruzan las calladas sombrías y los siniestros desfiladeros de Roncesvalles. A quince leguas se oye el rumor de los ejércitos. Cuando al otro lado de los montes divisan a su patria, la dulce Francia, todos los corazones se alegran; se acuerdan de sus feudos, de las doncellas de sus castillos, de sus nobles esposas. Pero el rey Carlos está triste porque deja en los puertos de España a su sobrino, y no puede contener las lágrimas, que oculta con su manto.

Así se alejan los franceses.

Los doce Pares han quedado en España con el valiente Roldán. Tienen su campamento en los altos puertos.

Entretanto, el rey Marsil junta a sus paladines bajo la enseña de Mahona. Allí están Corsablín y Falsarón, y Turgis y Malprimpis, y mil caballeros más. Todos gritan fanfarronamente ser los primeros en derribar a Roldán y arrastrar su cadáver. Cabalgan hacia los puertos a marchas forzadas, alzando al cielo sus voces, sus lanzas valencianas y sus gonfalones blancos, azules y bermejos.

Claro es el día y bello el sol. Las armaduras relumbran, gritan los clarines y su estruendo llega hasta los francos.

A un altozano se ha subido Oliveros y ve avanzar el ejército infiel. Llama a Roldán, y le habla así:

—Señor compañero; del lado de España llegan los infieles. Son cientos de miles, todos brillantes de acero, y caminan en filas apretadas. Ganelón lo sabía, el vil traidor por quien fuimos designados ante el Emperador.

—Callad, Oliveros —replica Roldán—. Ganelón es mi padrastro; no quiero que habléis mal de él.

Oliveros ha trepado a una alta cumbre. Desde allí se ve el claro reino de España y la turba de los sarracenos brillantes de piedras engastadas en oro y lanzas con los pendones atados al hierro. Son tantos, que nadie podría contarlos.

—Los infieles son innumerables y, nosotros muy escasos —dice Oliveros—. Roldán, mi compañero, haced sonar vuestro cuerno de marfil. Carlos lo oirá y retornarán las tropas.

—No haré tal —responde Roldán—. Nosotros solos nos defenderemos. Mi espada Durandarte se empañará hoy de sangre hasta el oro de la taza.

—Numerosos son nuestros enemigos —vuelve a decir Oliveros—. Llenan valles y montañas, landas y llanuras. Roldán, mi compañero, tañed vuestro olifante. Carlos lo oirá y volverá a nuestro lado.

—Nunca —responde Roldán—. Nadie dirá de mí que he pedido auxilio para

vencer a los infieles. Antes morir, por el honor de Francia. Ya veréis cómo se enrojece el acero de mi Durandarte. ¡Pobre del corazón que hoy se acobarde!

Así habló Roldán como bravo. Así habló Oliveros como prudente. Uno y otro honran por igual a Francia la gentil. El arzobispo Turpín, armado de todas armas, bendice a la baronía franca. Y la lucha comienza.

¡Dios, qué gallardamente acomete Roldán! Le brilla la armadura, lleva la lanza en alto y atado a ella un gonfalon todo blanco, cuyas franjas le rozan las manos. Bravo es su porte; su rostro, claro y risueño. Junto a él cabalga Oliveros, y los francos les aclaman al divisar su escudo. Todos acometen lanzando el grito de guerra del rey Carlos:

—¡Montjoie! Roldán ataca el primero al sobrino de Marsil, que grita insultos contra Francia. Al golpe del encuentro le abre el pecho y le quiebra el espinazo. Con su lanza le arroja fuera el alma.

—¡Montjoie!

Es el grito de guerra de Carlos.

Allí vierais quebrarse las blocas y los escudos, saltar chispas los yelmos, desgarrarse las cotas y las lorigas, derribar jinetes y caballos, sonar las trompas y gritar amontonados los heridos. Allí Corsablín y Falsarón, Turgis y Malprimpis, los campeones del rey Marsil, caían lanzando sangre y gemidos bajo los mandobles de los doce Pares.

—¡Montjoie!

Es el grito de guerra de Carlos.

Asombrosa es la batalla, y ya se lucha en tropel. El conde Roldán cabalga por el campo. Relumbra su espada Durandarte. La clara sangre corre en charcos y llega desde las crines del caballo hasta los hombros del jinete. A su lado va siempre el valiente Oliveros; ha roto contra los huesos de los enemigos su lanza, y desenvaina ahora su espada Altaclara. Y el arzobispo Turpín siembra infieles en círculo a su alrededor.

También mueren allí los más valientes franceses. ¡Cuántas astas rotas y bermejas! ¡Cuántas banderas y enseñas desgarradas! ¡Cuánta juventud destrozada! Nunca más verán a sus madres y esposas, ni a sus hermanos de guerra los soldados que pasaron delante los puertos. Cuando lo sepa Carlos el Grande llorará y se mesará su barba blanca. Pero de nada ha de servir su llanto. ¡Maldito sea Ganelón, el traidor, que vendió por dinero a sus hermanos!

Entretanto, en Francia descarga una extraña tormenta, llena de truenos y relámpagos, de lluvia y de hielo, y en pleno día invaden el campo las tinieblas. Es que el cielo hace un gran duelo por la muerte de Roldán.

Bien se baten los franceses. Jamás se vieron mejores soldados bajo el sol. Cada uno ha matado centenares de enemigos. Pero los sarracenos avanzan en veinte

escalones de combate, y su número les aplasta. Ya han caído Engleros y Anseís, y Garin y Gerer, y los más esforzados caballeros francos. Sólo quedan sesenta. Cuando ven caer a sus pares y amigos, los que quedan gritan de dolor y atacan con más fuerza, desesperadamente. Roldán también está herido, y habla así a Oliveros, su par:

—Señor compañero, ved muertos a nuestros mejores amigos. Gran desgracia es ésta para la dulce Francia. Yo tañeré mi cuerno de marfil. Carlos lo oirá y pasará otra vez los puertos en nuestro socorro.

—Ya es tarde —responde Oliveros—. Carlos no llegará a tiempo. Sólo nos queda morir con nuestros hermanos.

Allí habló Turpín, el valiente arzobispo:

—Tañed vuestro olifante, Roldán. Nuestros francos nos encontrarán muertos; pero llorarán sobre nosotros, nos enterrarán en nuestra patria y no seremos pasto de lobos y perros.

Roldán, con gran dolor y esfuerzo, tañe por fin su olifante. Al soplar, brota la clara sangre por su boca. Tiene rotas las sienas. El sonido del cuerno se derrama a lo lejos; a treinta leguas se escucha en los contornos.

Carlos, el Emperador de la barba florida, lo oye desde los desfiladeros y su corazón salta de congoja.

—¡Es el olifante de Roldán!

—Imposible —replica Ganelón—. Será el cuerno de algún pastor. ¿Hemos de detenernos por eso? Sigamos avanzando. Nuestra Tierra Mayor aún está lejos.

Roldán vuelve a tañer el cuerno, con la boca ensangrentada. Las fuerzas le abandonan. Tiene rotas las sienas. Carlos le oye de nuevo y se detiene levantándose sobre los estribos.

—¡Es el olifante de Roldán! En gran peligro están los nuestros cuando nos llaman en su auxilio. Aquí, mis barones; prendedme a Ganelón. Roldán ha sido traicionado.

Mientras el rey habla, el cuerno suena por tercera vez. Se oye muy lejos y cada vez más apagado. El Emperador comprende que Roldán está herido y se apresura con los suyos hacia Roncesvalles. Van enardecidos y clavan toda la espuela a sus caballos. Sus trompas atruenan los desfiladeros, contestando al cuerno de Roldán. Pero de nada sirve ya; llegarán demasiado tarde.

Avanza el día. Luce la tarde clara. Roldán llora y pelea entre sus amigos muertos, y avizora los montes y las landas. Delante de su tajante Durandarte los moros huyen como el ciervo delante de los perros. De un tajo ha partido la muñeca al rey Marsil, que huye cobardemente derramando su sangra negra. A montones caen los enemigos delante de Roldán y el valiente Oliveros y Turpín el esforzado.

¡Dios! ¿Qué pasa ahora? Un moro traidor ha llegado a galope de su caballo contra Oliveros, y le hiere por detrás en plena espalda. La lanza le atraviesa el pecho y asoma por delante. Oliveros siente que está herido de muerte. Blande su Altaclara, se

vuelve, y de un golpe mata al traidor.

Roldán contempla el rostro de su amigo; está empañado, lívido. Le habla entonces con ternura.

—Señor compañero, infortunado fue vuestro valor. ¡Ah, dulce Francia, qué desolada quedas sin tus mejores vasallos, humillada y en derrota! Perdóname, Oliveros; yo soy culpable de tu desdicha por no tañer el olifante cuando aún era tiempo.

Oliveros sonrío, con los ojos sin luz:

—Os perdono, Roldán, mi par y amigo.

Y se abrazan sobre los caballos.

Luego Oliveros echa pie a tierra y se tiende sobre la verde yerba. Corre su clara sangre a lo largo del cuerpo, coagulándose en la tierra. Tanta sangre derramó, que sus ojos están turbios. Ya no oye ni ve. Le flaquea el corazón, rueda su yelmo, y todo su cuerpo, rígido, se desploma. El conde Oliveros está muerto.

Roldán le contempla y se da cuenta de la catástrofe. Ya sólo le queda, de sus caballeros, el arzobispo Turpín, que ha tendido a su alrededor más de cuatrocientos sarracenos. Y también Turpín cae, atravesado su cuerpo por cuatro lanzas. Y muere bendiciendo a los suyos.

Roldán vuelve a tañer, débilmente, su cuerno de marfil. Sesenta mil clarines le responden al otro lado de los montes, tan cerca y tan fuerte, que hacen retumbar los valles y cañadas. Al oírlos, los ojos de Roldán se iluminan y los infieles se dan por perdidos.

—El Emperador vuelve —se dicen—. Hay que acabar con Roldán.

Y cuatrocientos se suman contra él. Le arrojan dardos y flechas sin número, y lanzas y venablos de puntas emplumadas. Le matan su caballo, le agujerean el escudo, le destrozan la cota; pero no consiguen derribarle.

Al caer la noche los sarracenos huyen precipitadamente llenos de rabia. Roldán sangra por cien heridas. Busca a sus amigos entre los cadáveres, y les llora sobre sus rodillas. También siente que está próximo su fin; tiene rotas las sienas y el cerebro se le derrama por los oídos. Con una mano coge el olifante y con la otra su espada Durandarte, y sube lentamente a un alcor, desde donde se divisan tierras de Francia y España. Allí, contra las rocas de mármol, trata de romper su espada para que muera con él y no la cojan los infieles. Rechina el acero, pero no estalla ni se mella. A sus golpes se hienden los negros peñascos, pero la espada no se rompe y salta contra el cielo.

Entonces la cruza dulcemente sobre su pecho y se tiende boca arriba bajo un pino, entre la yerba fresca. Mañana, al alba, llegará el Emperador; verá su cadáver sobre el campo de batalla; tomará cumplida venganza contra los infieles y mandará ahorcar vilmente a Ganelón el traidor. Roldán confiesa en voz alta sus culpas, y en descargo

de ellas levanta hacia Dios su guante derecho.

Es de noche. Todo está en silencio en Roncesvalles. Roldán siente que la muerte baja desde su cabeza hasta su corazón. Vuelve hacia España su rostro para estar, aun después de muerto, de frente a los infieles. Se acuerda de Carlos, el Emperador de la barba florida, de Ja dulce Francia, de Oliveros y de los doce Pares, sus amigos. Y llora por todos en silencio.

Al alba, cuando Carlos llega, su cuerpo está rígido y frío.

Así está escrita la muerte de Roldán en la gesta de Turolido.

EL DESTIERRO DE MÍO CID.

El «poema de Mío Cid» es el más bello y más antiguo monumento de la épica castellana. Fue compuesto a mediados del siglo XII, unos cincuenta años después de la muerte del Cid, por un juglar desconocido, probablemente de Medinaceli. De su primer cantar, «El destierro del Cid», está tomada en todos sus detalles y expresión esta versión, excepto en la causa del destierro, en que nos hemos acogido a la tradición, más popularizada, del romancero.

En el sitio de Zamora mataron a traición al buen rey Sancho el Fuerte, a quien servía Mío Cid el Campeador. Su hermano Alfonso hereda el trono. Y en Santa Gadea de Burgos, sobre un cerrojo de hierro y una ballesta de palo, el Cid toma juramento al nuevo rey de Castilla. Así le toma la jura:

—Villanos te maten, rey, que no guerreros hidalgos; mántente en un despoblado, con cuchillos cachicuernos; sáquente el corazón vivo por el costado, si no dices la verdad: si tú fuistes o consentiste en la muerte de tu hermano.

Fuertes eran las juras, Trabajo le cuesta al rey aceptarlas. Pero jura al fin y es aclamado señor de Castilla. Después se vuelve muy enojado contra el Cid:

—Mucho me has apretado, Rodrigo. Ahora, en un plazo de nueve días saldrás de estas mis tierras. Yo te desposeo de tus honores y hacienda. Desterrado queda también y sin mi amor todo el que te sirva y te acompañe. Vete de mis reinos, Cid. Quédenme en rehenes tu mujer y tus dos hijas.

Nueve días de plazo ha dado Alfonso el Castellano a Mío Cid para salir de sus tierras. En su casa de Vivar está el buen Campeador con los pocos amigos que se atreven a seguirle. Allí habló Alvar Fáñez de Minaya, del Cid primo hermano:

—Pocos somos, pero firmes. Jamás te abandonaremos por yermos ni por poblados. Contigo gastaremos nuestros caballos, nuestros dineros y nuestros vestidos. Siempre te seguiremos como leales vasallos.

Así sale Mío Cid el Campeador de sus tierras de Vivar, y hacia Burgos se encamina. Va derramando llanto de sus ojos y mirando hacia atrás. Queda su casa con las puertas abiertas, desguarnida de pieles y de mantos, sin azores en las alcándaras. Pero a su diestra mano vuela la corneja, y el Cid se conforta con este buen augurio.

Cuando atraviesa la ciudad de Burgos lleva sesenta pendones tras de sí. Niños, hombres y mujeres a las ventanas se asoman por ver al Campeador. Todos decían la misma razón: «¡Qué buen vasallo sería si tuviera buen señor!».

De buena gana le darían albergue en sus casas. Pero el rey lo ha prohibido con severas penas. Anoche llegaron sus cartas ordenándolo así. El Cid llega a la posada donde solía parar; saca el pie del estribo y da con él un gran golpe en la puerta. Pero nadie contesta. Lllaman todos con las voces y las armas. Tienen hambre, Si no se les acoge de grado lo tomarán por la fuerza. Entonces se abre la puerta, y una niña de nueve años habla al Cid desde el umbral:

—Campeador, que en buen hora ceñiste espada: no podemos darte asilo, que el rey lo tiene vedado. Si lo hiciéramos perderíamos nuestra hacienda y los ojos de nuestras caras. Sigue adelante y que Dios te bendiga. Con nuestro mal, buen Cid, no ganas nada.

El Cid comprende el llanto de la niña, y da la orden de marcha. Triste está su corazón cuando atraviesa Burgos. Fuera de las murallas, al otro lado del Arlanzón, manda plantar sus tiendas. También el rey ha prohibido que se le venda ningún alimento. Pero Martín Antolínez, el burgalés de pro, no tiene miedo del rey. Él les da de su pan y de su vino, y se une a la mesnada.

Así pasa Mío Cid, en un arenal, la primera noche de su destierro.

Antes de amanecer, el Cid y los suyos siguen su marcha hacia el monasterio de San Pedro de Cardeña. Va el Cid a despedirse de su mujer, doña Jimena, y de sus hijas, que allí le aguardan. Cuando descabalgan al pie del monasterio cantan los gallos y quiere quebrar el primer albor. Lllaman, y todos se alegran dentro al reconocer al Cid. Con luces y candelas salen los monjes al patio. Ved aquí a doña Jimena que llega con sus dos hijas. Muy niñas son aún; a cada una la trae una dama en brazos. Allí habló doña Jimena; llanto tiene en los ojos y le besa las manos:

—Aquí, ante vos, me tenéis, Mío Cid, y a vuestras hijas. Bien veo, Campeador, el de la barba crecida, que marcháis a vuestro destierro. Estando los dos en vida tenemos que separamos.

El Cid se inclina para coger a sus hijas. Y en sus brazos las sube hasta su corazón.

Aquel día todos se aposentan en el monasterio. Las campanas de Cardeña tañían a gran clamor. Por las tierras de Castilla corre el pregón de que el Cid sale desterrado. Muchos son los caballeros que dejan sus casas y tierras por seguirle. En el puente del Arlanzón se juntan más de cien. ¡Dios, qué buena compañía en San Pedro se reunió! Allí Minaya Alvar Fáñez, el de la atrevida lanza; allí Martín Antolínez, el burgalés leal; allí Pedro Bermúdez, que cien banderas ganó, y Muño Gustioz, que en la misma casa del Cid se crio, y Alvar Alvaroz, y Galindo García, guerrero de Aragón. Todos le besan las manos. Viéndoles junto a sí, ¡Dios, cómo se sonreía Mío Cid el Campeador!

Del plazo de nueve días, los seis han pasado ya. Mandado tenía el rey que si pasaban los nueve ni por oro ni por plata pudiera el Cid escapar. Al finar el sexto día, mi señor el Campeador los manda a todos juntar.

—Oídme, varones. Mañana, al amanecer, cuando los gallos canten, ensilladme los

caballos y partamos. El buen abad don Sancho nos rezará la misa de la Trinidad. Luego, echemos a cabalgar, que ya el plazo viene cerca. Mucho tenemos que andar.

Ya tañían a maitines. Doña Jimena rezaba en las gradas del altar. Después que oyeron la misa de la Santa Trinidad, el Cid besa a sus dos hijas. Doña Jimena no hacía más que llorar y llorar. Allí la abrazaba el Cid. Y así se separan uno de otro como la uña de la carne. Cantaban entonces los segundos gallos.

Con las riendas sueltas ya cabalga Mío Cid, el que en buen hora nació. De todas partes guerreros se le vienen a juntar. Aquella noche duermen en Espinaz de Can. Otro día, de mañana, volvían a cabalgar. Pasan San Esteban de Gormaz y van dejando su patria a la espalda. De todas partes guerreros se le vienen a juntar. Y al tercer día cruzan el Duero y acampan al pie de Atienza, que es tierra de moros.

El plazo ya está cumplido. Castilla se acaba ya.

La primera noche que el Cid duerme fuera de su tierra tuvo un sueño feliz. El arcángel San Gabriel vino a él en una visión y le habló:

—Cabalga, buen Cid, cabalga; cabalga, Campeador, que nunca tan en buen hora ha cabalgado varón. Bien irán las cosas tuyas mientras vida te dé Dios.

Mío Cid, al despertar, la cara se santiguó.

Rompen albores del día. ¡Qué hermoso sol despuntaba!

Aquel día dio el Cid su primera batalla de desterrado. Con cien de sus trescientos caballeros cayó sobre el castillo de Castejón, que está a orillas del Henares. Con los otros doscientos corría Alvar Fáñez Minaya tierras de moros hasta Alcalá. ¡Dios, qué pena que Mío Cid no haya visto a Minaya, montado en su buen caballo, lidiar allí con los moros! Desde su larga lanza le chorrea la sangre codo abajo.

Por todo el Henares se pasea victoriosa la bandera de Minaya y cobra mucho botín de ovejas, vacas, alhajas y riquezas sin tasa. Alegre vuelve con todo hacia el castillo de Castejón, que el Cid ha conquistado. El Campeador sale a recibirle y delante de todos le abraza. Después reparte el botín entre todos los suyos. Pone en libertad a cien moros y cien moras para que guarden el castillo y abandonan Castejón, porque las mesnadas del rey Alfonso están cerca y podrían atacarlos. Por nada del mundo querría el Cid luchar contra su señor natural.

Pasan las Alcarrias y Cetina, dejan atrás Alhama y van a posar a un otero redondo frente al castillo de Alcocer. Cerca está el río Jalón. Cerco han puesto al castillo por espacio de quince semanas. Al cabo de ellas, en las torres de Alcocer, se alza ya la bandera del Cid.

Mucho pesó de ello al moro Tamín, rey de Valencia y señor de las tierras de Alcocer. Manda a sus emires con tres mil lanzas contra los del Cid, que no son más de seiscientos. Muchos más se unen a los emires por el camino. Sus lanzas y pendones, ¿quién los podría contar? En su castillo de Alcocer han cercado a Mío Cid; el agua les cortan y los sitian por la sed. A las cuatro semanas, por consejo de

Minaya, hacen los cristianos una salida campal. Pedro Bermúdez, que lleva la bandera, pica espuelas a su caballo y se mete solo, gritando entre la turba de moros. Al verle, grita Mío Cid.

—¡Valedle, mis caballeros, por amor del Creador! ¡Aquí está el Cid don Rodrigo Díaz, el Campeador!

Suenan allí tantos tambores, que su ruido quiere quebrar la tierra. Los cristianos embrazan los escudos delante del corazón, ponen en ristre las lanzas envueltas en sus pendones, agachan la cabeza sobre los arzones y arrancan al galope. Caen todos sobre el grupo donde Bermúdez entró. Allí vierais tantas lanzas subir y bajar, romperse las adargas, desgarrase las mallas y lorigas, teñirse en sangre los blancos pendones y desbocarse los caballos sin jinete.

¡Qué bien lidiaba Mío Cid sobre su dorado arzón, la crecida barba al viento, el yelmo echado atrás y la espada en la mano! Y Alvar Fáñez Minaya, el de la atrevida lanza. Y Muño Gustioz, Y Galindo García. Y todos cuantos son. ¿Qué os diré de Martín Antolínez, aquel burgalés leal? Cuando mete mano a su espada relumbra todo el campo.

¡Dios, qué buen día fue aquél para la cristiandad! Más de mil moros dejaron su sangre sobre el campo. Y tanto oro y tanta plata que nadie podría contarlos.

Así venció Mío Cid en batalla campal. Después habló a Alvar Fáñez:

—Vos, Minaya, que sois mi brazo derecho, quiero que llevéis estas nuevas a Castilla. Y a mi rey don Alfonso le diréis que no le guardo rencor. Besadle por mí las manos. Treinta caballos le llevaréis en mi nombre, todos con sus gualdrapas y espadas de oro y rubíes colgando de los arzones. Id luego a San Pedro de Cardeña y llevad con mi amor este oro y esta plata a mi mujer y a mis hijas. Que recen a Dios por mí.

Cuando el rey tuvo estas noticias del Cid gran alegría sintió. Por venir de moros aceptó sus presentes. Y autorizó a todo el que quisiera para seguir al Cid en su destierro. Pero su orgullo es mucho. Todavía no ha querido perdonarle.

Más de tres años lleva el Cid guerreando en tierras extrañas. Ha conquistado a Daroca y Molina y Celfa la del Canal. También ha vencido al orgulloso conde don Ramón de Barcelona en el pinar de Tévar. Allí ganó su famosa espada Colada.

Ahora guerra de frente a la mar salada. Ha tomado a Burriana y a Murviedro. Mucho pavor toma de ello el rey moro de Valencia, que ve talada su huerta y assoladas sus cosechas de pan. Crece con todo esto la fama de Mío Cid el de Vivar. Y manda pregones por tierras de Aragón y de Navarra. También por tierras de Castilla: que se le acojan cuantos quieran ayudarle a luchar contra el moro de Valencia. Muchos acuden a su pregón; sesenta eran cuando salió de Vivar, y ya pasan de tres mil.

Al fin pone cerco a esa hermosa ciudad, Valencia la Mayor. Nueve meses la tuvo cercada. Y al décimo la rindió. ¡Qué alegres se ponen todos cuando en alto del

alcázar vieron su enseña plantar!

También venció allí al rey de Sevilla, que vino en ayuda de los valencianos, y le ganó su caballo Babieca. De tan gran botín como ganó, cien caballos manda al rey Alfonso de Castilla, pidiéndole que deje en libertad a doña Jimena y a sus hijas para que vengan a su lado. Alvar Fáñez Minaya va a llevar este mensaje.

Quiero ahora deciros lo que en Castilla se vio. Cuando Alfonso el Castellano supo la conquista de Valencia la Mayor mucho se alegra en su corazón. Alzó su mano derecha y dio a Minaya esta respuesta. ¡Dios, qué hermosamente habló!:

—Di a mi buen vasallo el Cid que acepto su donación. Que cuando vuelva a mi reino le abrazaré con mis brazos. Al cumplirse tres semanas le recibiré en mi tienda, orillas del río Tajo. Vayan libres doña Jimena y sus hijas doña Elvira y doña Sol. Y mientras cruzan mis tierras aquí mando a mis soldados que les den guarda de honor.

Con Minaya llegan a Valencia doña Jimena y sus hijas. Mío Cid Campeador dispone en su honra festejos y juegos de armas. Y sale a recibirlas al frente de cien jinetes en caballos muy hermosos con gualdrapas de cendal y petral de cascabeles. Allí vierais tanto hermoso palafrén, tantos vistosos pendones con escudos de guarniciones doradas, y ricas pieles y mantos de Alejandría. Tiene Mío Cid muy crecida la barba; viste túnica de seda y cabalga en su Babieca atajado de plata. Al verle, doña Jimena a los pies se le arrojaba. Y con llanto de los ojos el Cid abraza a sus hijas.

Después las sube al alcázar para que desde allí contemplen toda la hermosa Valencia. Ya se había ido el invierno y marzo quería entrar. Vierais allí ojos tan bellos a todas partes mirar; a sus pies la ciudad tienen y al otro lado la mar. Y la huerta, tan ancha y tan frondosa, que daba gloria mirar. Todo es heredad del Cid, que con honra lo ganó, con su caballo y su espada.

Al cabo de tres semanas, según dispusiera el rey, Mío Cid vuelve a su patria. Orillas del río Tajo el buen rey le recibió. Al verle el Campeador manda a los suyos parar y hacia él se adelanta solo el que en buen hora nació. De rodillas se echa al suelo, las manos en él clavó. Aquellas yerbas del campo con sus dientes las mordía, y del gozo que tenía las lágrimas se le saltan. Levantar le manda el rey, y allí delante de todos en sus brazos le abrazó.

Así terminó el destierro de Mío Cid Campeador.

GUILLERMO TELL.

Guillermo Tell es el héroe nacional de Suiza, libertador de su patria en contra de la tiranía de Gessler. La leyenda ha envuelto, embelleciéndola, su figura histórica, objeto de veneración en los pueblos alpinos.

Tomamos aquí la versión que, del héroe del pueblo, ha llevado al teatro el gran poeta alemán Federico Schiller.

Entre las crestas heladas de los Alpes, en los prados siempre verdes y húmedos, a orillas de los altos lagos que reflejan la nieve, viven los hombres libres de Suiza. A ellos les llega el sol de la mañana antes que a los pueblos de las tierras bajas. Duro es su vivir entre el hielo y los ventisqueros, pero por nada bajarían a la vida fácil de las llanuras; piensan que la libertad, como la rosa de los Alpes, sólo florece en las cumbres y se marchita en el llano.

Sus aldeas, blancas y limpias, se enlazan a través de las montañas por empinados senderos tallados en la roca viva, tendidos con barandales sobre los precipicios, y bordeados de negras cruces de madera en memoria de los viajeros sepultados por la nieve de las avalanchas.

Cazan en cumbres tan altas, que sus flechas vuelan sobre las nubes; cantan al son de las esquilas de sus rebaños, y aman ante todo la libertad.

Un valiente cazador fue el libertador de Suiza hace seiscientos años. Nació en el cantón de Uri. Se llamaba Guillermo Tell.

En medio de las altas montañas está el lago verde de los Cuatro Cantones; en sus aguas se reflejan las cumbres heladas y las vacas que pacen la yerba de sus orillas. Comienza el otoño.

Un pescador canta en su barca; los cazadores trepan por las escarpaduras veladas de nubes, y los pastores se alejan con sus ganados, dejando los pastos alpinos hasta que vuelva a cantar el cuco de la primavera.

Cuando pastores, cazadores y pescadores se encuentran junto al lago se estrechan las manos como hermanos en el trabajo y juntos lamentan el triste destino de su patria, sometida a la más vergonzosa esclavitud. El gobernador Gessler, que ejerce la tiranía en nombre del Emperador de Alemania, insulta a los pobres; pisotea a los humildes, atropella sus derechos, su hacienda y su honra. Y se ríe de los antiguos fueros del pueblo libre. ¡Ay del que se atreva a levantar los ojos delante de él! ¡Ay del que no se arrodille ante sus caprichos y ante la insolencia de sus servidores y amigos!

Pastores, cazadores y pescadores, hombres esforzados y humildes de las altas montañas nevadas, ven con desaliento cómo día tras día el yugo del tirano aprieta cada vez más el cuello de su patria. Y se estrechan tristemente las manos en esta oscura tarde de octubre a orillas del lago de los Cuatro Cantones.

La tempestad se anuncia cercado de espesa niebla negra las montañas; los peces saltan en el lago, y los mastines escarban la yerba gruñendo mientras las ovejas se aprietan unas contra otras. Ya empieza a soplar el viento del Sur y caen, grandes y frías, las primeras gotas de lluvia.

De pronto un leñador, con el cabello revuelto y ojos desorbitados de angustia, llega corriendo del bosque y se lanza de rodillas clamando:

—¡En el nombre de Dios, barquero, sálvame! Desamarra tu barca y pásame a la otra orilla. Los jinetes del gobernador me persiguen. Uno de sus criados atropelló mi choza, y mi hacha le ha dado muerte. ¡Sálvame, barquero!

Todos retroceden con espanto ante estas palabras. Un relámpago alumbra los montes y un terrible trueno rueda por los valles. El vendaval se desata, barriendo los desfiladeros, y las aguas del lago se encrespan en negros oleajes.

El barquero mira con angustia al leñador, arrodillado a sus pies, y tiembla ante la tempestad. Las aguas del lago braman ahora como un mar enfurecido, y la noche se adelanta.

—No puedo ayudarte —dice el barquero—. La borrasca volcaría mi bote y las aguas nos tragarían a los dos. Que el cielo te proteja.

El leñador llora desesperado sobre la yerba. A la claridad de los relámpagos se ven aparecer a lo lejos los jinetes del gobernador.

Entonces un nuevo cazador se acerca a la orilla al oír los sollozos desesperados del fugitivo. Trae al brazo una ballesta y el haz de flechas a la espalda. Lleva una gorra de piel, las piernas desnudas y sandalias de cuero con plantas de madera. Los cazadores le reconocen y le saludan con respeto. Es Guillermo Tel, el fuerte cazador de Uri.

—¿Dejarás morir a este hombre —dice Tell— a la orilla misma del lago, que es su salvación? Es un hermano de esclavitud que ha tenido el valor de rebelarse contra los tiranos. ¡Pronto, barquero, desamarra tu barca!

—No puedo, Tell. Tú conoces como yo el remo y el timón, y sabes que nada puede intentarse contra la tempestad furiosa.

—Ea, barquero, los jinetes llegan. El lago sentirá acaso lástima del fugitivo; el gobernador, no. Desatraca tu barca.

—¡No! Ni por mi hijo lo haría; hoy es el día de San Judas y el lago se enfurece reclamando una víctima, como todos los años.

—Entonces, barquero, en el nombre de Dios, déjame tu barca.

Así dijo Tell el cazador. Y desatando la barca salta a ella el leñador y empuña en

sus manos los remos.

Cuando llegan los jinetes, al verse burlados, descargan su rabia contra los cazadores, atropellan con sus caballos el ganado, incendian furiosos las chozas de los pastores, que huyen llorando entre la tempestad y la noche.

A la luz de los relámpagos Guillermo Tell rema vigorosamente sobre el lago encrespado y gana la otra orilla.

Todos los días corren por las aldeas de la montaña noticias de nuevas desgracias y afrentas. Gessler, el orgulloso gobernador de Uri, ejerce sobre los duros montañeses suizos la tiranía más odiosa en nombre del Emperador. Insulta a sus mujeres, incendia sus chozas y arrasa sus haciendas y rebaños. El anciano Mechthal, con las órbitas sangrientas y vacías, recorre las montañas pidiendo venganza: Gessler ha mandado arrancarle los ojos en castigo de una falta cometida por su hijo.

En la plaza de Altdorf los esbirros del gobernador levantan una lúgubre fortaleza en cuyos calabozos han de dormir eternamente los que no acaten a ciegas la tiranía. Pero con mal agüero se alza la cárcel: al cubrirla, un obrero pierde la vida, desplomándose desde las altas pizarras.

Las húmedas mazmorras aguardan a los hombres libres. Y para probarlos, Gessler ha ordenado colocar en la plaza, en la punta de un palo, el sombrero ducal, al que todos deberán saludar respetuosamente, como si fuera el gobernador en persona.

Ante semejante burla los nobles corazones suizos se llenan de ira y de vergüenza. Pero el no obedecer cuesta la vida, y los escasos transeúntes que se ven forzados a atravesar la plaza, hombres, mujeres y niños, tragándose su sonrojo, se descubren y se inclinan ante el espantajo de la tiranía.

Guillermo Tell está trabajando en su choza de la montaña, cortando leña para el invierno, mientras sus dos hijos, Gualterio y Guillermo, juegan a su lado. Sueñan con ser cazadores famosos como su padre, y se ejercitan alegres en tirar la ballesta.

Tell deja el hacha, y sentado junto al hogar habla así a su esposa:

—Vergonzosa es la esclavitud de nuestra patria. Los corazones montañeses desbordan de ira y de dolor. Un día estallará en todos los cantones la revolución, y entonces mi arco se unirá a las hachas y picas de mis hermanos. Sólo temo por la suerte de nuestros hijos. Gessler me odia no sólo porque he salvado a un leñador perseguido por sus jinetes, sino porque le he visto a él, al orgulloso gobernador, temblar en mi presencia. Fue hace unos días; cazaba yo junto a un precipicio, en un despeñadero solitario, y al avanzar por un desfiladero abierto entre los peñascos me encontré al gobernador que venía solo en dirección contraria. No podía retroceder porque sobre su cabeza se elevaba la roca viva, y abajo, a sus pies, bramaba despeñándose el torrente. Cuando me conoció y me vio avanzar hacia él con mi arco en la mano palideció, temblaron sus rodillas, y comprendí que estaba a punto de caer al precipicio. Entonces me dio lástima de él; le sostuve y le saludé humildemente,

siguiendo luego mi camino. Pero ha temblado delante de un hombre del pueblo, y sé que jamás me perdonará esta humillación.

Luego, volviéndose a sus hijos, les dice:

—Ea, pequeños; vuestro padre baja hoy a la ciudad. ¿Quién quiere acompañarle?

En seguida Gualterio deja su juego y corre hacia él:

—Yo iré, padre. Yo quiero andar siempre contigo y aprender a cazar.

Tell se echa sobre los hombros su zamarra de piel, toma su ballesta y sus flechas y emprende el camino con el pequeño Gualterio. La esposa llora en silencio junto al hogar de leña, mientras el otro hijo mira con envidia alejarse a su padre y a su hermano.

En un claro del bosque de Rutli, rodeado de altos ventisqueros, bajo los abetos nevados, se celebra esta noche una extraña asamblea a la luz de la luna.

Por los empinados senderos protegidos con barandales de madera van llegando campesinos, pastores y cazadores de todos los cantones alumbrándose con antorchas. Cuando se encuentran en el claro del bosque que cambian un santo y seña y se estrechan las encallecidas manos en silencio. Son conjurados de todos los pueblos que van a celebrar asamblea con arreglo a sus antiguos fueros para alzarse en rebelión contra el tirano.

Faltan los conjurados del cantón de Uri y todos aguardan sobrecogidos de emoción, encendiendo una fogata en medio de la pradera. La ermita del bosque deja oír dos campanadas.

De pronto una voz exclama gozosa:

—¡Oh, mirad! Un feliz augurio. La luna enciende en la niebla un arco-iris nocturno. Desde nuestros abuelos no se había vuelto a ver tal maravilla.

Todos los ojos contemplan, asombrados de gozo, el signo maravilloso. Bajo el arco de siete colores, tendido sobre el lago, pasa ahora una barca. Son los conjurados de Uri.

Pero el más anhelantemente esperado, Guillermo Tell, el cazador, no viene con ellos. ¿Qué habrá sido de él? Nadie lo sabe. Los conjurados suman en total treinta y tres. Representan la voluntad de todos los cantones en cuyo nombre han venido, y, con arreglo al ritual de sus abuelos, comienza la asamblea foral en torno a la hoguera. Se colocan en círculo, clavando sus armas en el centro. El más anciano los preside y habla con las manos apoyadas en dos espadas:

—¡Hombres libres de todos los cantones, representantes del pueblo! Oíd lo que nos contaron nuestros abuelos. Había antiguamente un gran pueblo en el Norte que padecía hambre cruel. En tal situación resolvieron que la décima parte de sus habitantes abandonase el país en busca de nuevas tierras deshabitadas. Así llegaron los emigrantes, hombres y mujeres, a estas montañas, entonces desiertas. Nuestros bosques de abetos y nuestros lagos helados les recordaron su patria, y aquí decidieron

quedarse. Edificaron nuestro viejo castillo, talaron el bosque en torno a los lagos, levantaron sus chozas junto a las fuentes y roturaron la tierra. Así nació un pueblo donde antaño sólo habitaban los osos. Ellos extinguieron la raza del dragón venenoso de nuestras lagunas, construyeron nuestros caminos tallados en la roca y engendraron a nuestros antepasados. Somos, por tanto, un pueblo libre nacido del trabajo y del esfuerzo. Vosotros, nietos de aquellos héroes, ¿renunciaréis algún día a vuestra santa libertad?

—¡Nunca! —contestan todos levantando la mano derecha.

—Pues bien: Gessler, el gobernador extranjero, no os reconoce como hombres libres; no respeta vuestras leyes ni vuestros sentimientos, usurpa vuestros bienes y os cubre de infamia con sus crueldades. ¿Juráis todos luchar contra la tiranía de Gessler?

—¡Juramos! —vuelven todos a contestar levantando sus manos.

—El gobernador tiene armas y soldados. Nosotros sólo tenemos el derecho. Los príncipes y los nobles lucharán con sus brillantes ejércitos contra un pobre pueblo desarmado de campesinos y pastores. Que nadie retroceda ante la muerte. Cuando llegue el momento veréis encenderse hogueras en la cumbre de todos los montes. Acudid todos entonces; derribad las fortalezas y la cárcel de Altdorf; dad vuestra vida por vuestra libertad.

Y luego el anciano, extendiendo sus manos a derecha y a izquierda, clama como un himno:

—¡Queremos ser libres!

Los conjurados lo repiten. Lo repiten por tres veces con las manos en alto y se abrazan. Después se alejan por tres caminos diferentes.

La hoguera se apaga y comienza a amanecer sobre los montes de hielo.

¿Por qué Guillermo Tell, el mejor de los hombres de Uri, no acudió a la asamblea del pueblo? Aquella misma noche el famoso cazador estaba preso, cargado de cadenas, en la fortaleza de Gessler.

Cuando abandonó su choza, camino de la ciudad, el pequeño Gualterio iba a su lado, lleno de orgullo y alegría. Decía el niño:

—¿Es verdad, padre, que los árboles de la montaña sangran cuando se les hiere con el hacha?

—Eso dicen los rabadanes. Adoran a los árboles porque son sus protectores; si no fueran estos árboles, nuestras aldeas serían sepultadas por la nieve de las avalanchas.

—¿Hay países sin montañas de hielo? —vuelve a decir el niño.

—Sí, hijo mío. Siguiendo el camino del río se llega a una región donde las aguas corren tranquilas; la vista se dilata allí en anchos horizontes, el trigo crece en los campos y la tierra, templada, parece un perpetuo jardín.

—¿Por qué no dejamos entonces estas montañas y nos vamos a vivir allá?

—La tierra es fértil y el cielo hermoso. Pero aquellos hombres no son libres. Su

tierra es del obispo y del rey.

—Pero cazarán en los bosques.

—Sus bosques pertenecen al señor.

—Pero siquiera pescarán en los ríos.

—Los ríos, la mar y la sal son del rey. Los hombres son criados del rey, que los defiende con su ejército. Trabajan para el rey y viven miserablemente de lo que al rey le sobra.

—Siendo así, padre..., mejor vivir en la montaña. ¿Nosotros somos libres, verdad?

Así hablaban cuando atravesaron la plaza de Altdorf, pasando sin verlo por delante del sombrero ducal alzado en el palo.

De pronto los centinelas detienen a Tell con sus lanzas.

—¡Daos preso, en nombre del Emperador! Ningún hombre pasará por delante de ese sombrero sin rendirle homenaje.

Tell se revuelve contra los centinelas, derribándoles. El niño llora espantado al verles luchar. De todas partes acuden hombres y mujeres del pueblo. Una voz grita:

—¡Plaza al gobernador!

Y Gessler, seguido de su séquito, aparece en la plaza. Va de cacería, con su halcón al puño, en medio de lujosos pajes y escuderos. Se acerca al grupo, y al enterarse de lo sucedido se vuelve al famoso cazador con una sonrisa cruel:

—¿Sabes, Tell, cómo castigo yo a los rebeldes y a los traidores? La fortaleza de Altdorf tiene mazmorras que se honrarán en acogerte para toda la vida. ¿Quién es ese niño que te acompaña?

—Es mi hijo, señor.

—¿Quieres mucho a tu hijo, Tell?

—Con toda el alma, señor.

—¿Y no te daría pena verlo también en la cárcel, en un calabozo subterráneo? Pero no tengas miedo, Tell; yo voy a darte el medio de salvar a tu hijo. ¿No eres tú el más famoso cazador de los Alpes, que jamás yerra el blanco?

—¡Jamás! —contesta el niño lleno de noble orgullo—. Mi padre, a cien pasos, derriba una manzana del árbol.

—Bien, muchacho. Puesto que tu padre es tan hábil, va a dar una prueba de su destreza aquí delante de todos. Toma tu ballesta, gran cazador, y a ver si a cien pasos aciertas a una manzana en la cabeza de tu hijo.

Ante esta bárbara orden los hombres del pueblo retroceden asombrados. Tell siente flaquear su fuerza y sus ojos se nublan.

—¡Eso nunca! —exclama dejando caer su ballesta. Prefiero morir.

Gessler, desde su caballo, alcanza una manzana de un árbol.

—Vamos, plebeyos, despejad el sitio. Cuéntense los cien pasos. ¿Por qué

tiembles, Tell? Será para ti una magnífica hazaña. Pero ten cuidado no te tiemble el brazo, no sea que atraveses la cabeza en vez de la manzana.

—¡No tiembles, padre! —grita entonces Gualterio—. Dadme la manzana; yo esperaré sin miedo la flecha.

—Atadle a ese tilo —dice Gessler.

—No, no me atéis. No me moveré, ni pestañearé, ni respiraré siquiera. ¡Tira, padre!

Gualterio ha corrido a ponerse bajo el tilo con la manzana sobre la cabeza. Los hombres aprietan los puños y las mujeres se tapan el rostro llenas de angustia. Gessler mira sonriendo al gran cazador, que está a punto de desplomarse:

—¡Tira, cobarde! Y aprende que sólo tiene el derecho de llevar armas el que sabe usarlas.

Entonces Guillermo Tell se recobra. Mira fríamente al gobernador y pide dos flechas. Guarda una en el pecho y pone la otra en el arco. El niño espera sin temblar en medio de un mortal silencio. Tell tensa la cuerda con firmeza, apunta conteniendo la respiración y la flecha salta limpia atravesando la manzana y va a clavarse temblando en el tronco del tilo.

Un murmullo de admiración y de gozo se levanta en todos los pechos, y Gessler se muerde los labios despechado. Tell corre a abrazar al niño, y todo el llanto contenido se le desborda ahora sobre el rostro del hijo.

—Está bien —dice Gessler—. Ha sido un buen tiro. Pero ¿por qué pediste dos flechas?

Tell se vuelve a él mirándole severamente:

—La otra era para ti si hubiera matado a mi hijo. ¡Y ésa te juro que no me hubiera fallado!

Por esta respuesta Guillermo Tell ha sido preso y cargado de cadenas. El mismo Gessler le lleva en su barca, abanderada y roja, hacia una lejana fortaleza, donde piensa sepultarle en vida.

Pero una terrible tempestad se desencadena en el lago, y Gessler, fiando más en la habilidad de Tell que en la de sus pilotos, manda desatarle y le entrega el timón.

La tempestad, impulsada por el vendaval del San Gotardo, ruge en el estrecho lago como una bestia contra los barrotes de su jaula. El gran cazador conduce la barca a través de las negras olas y con un rápido viraje la acerca a un escollo. Entonces salta con su ballesta a tierra y con el pie da un vigoroso empujón a la barca, que vuelve a internarse en el lago.

De este modo Guillermo Tell se ve nuevamente libre en la montaña. Lleva su ballesta al hombro y en el seno la flecha que guardó ayer al disparar sobre su hijo.

Por espacio de muchos días vaga por los agrestes picachos nevados, rondando de noche su choza, adonde sabe que han de llegar un día los esbirros del gobernador

para prender a su esposa y a sus hijos.

Entretanto, Gessler ha logrado salvarse del naufragio y prepara una gran fiesta en su castillo.

Por el camino que conduce al palacio del señor, ¡cuántas gentes diversas pasan todos los días! Allí ponen su planta el mercader y el peregrino, el monje y el salteador nocturno y el alegre trovador y el buhonero cargado de baratijas. Pero de todos, ninguno tan extraño como ese cazador que desde un alto matorral vigila hoy el camino. Lleva una gorra de piel, desnudas las piernas, y calza fuertes sandalias de cuero con plantas de madera. En su ballesta sólo hay una flecha, y sus ojos no se apartan un momento del camino.

—Ahora cruza un cortejo nupcial, al son de rabeles pastoriles. Pasan después unos soldados cantando con las lanzas al hombro. Más tarde, una mujer del pueblo, descalza, rodeada de sus hijos, sucios y hambrientos. No puede caminar más y se sienta en un recodo al borde del sendero.

Luego aparece un brillante acompañamiento de pajes y escuderos y un caballero resplandeciente de oros y sedas. Es Gessler el gobernador.

Al llegar al recodo, la mujer se arrodilla en medio del camino, delante de su caballo:

—¡Justicia, gobernador! Mi marido yace preso en vuestros calabozos sin haber cometido delito. Mis hijos se me mueren de hambre en nuestra choza, sin pan y sin leña. ¡Justicia!

—¡Aparta! —grita Gessler—. Déjame en paz y presenta tu memorial en el castillo.

La mujer se inclina de bruces, besando el suelo. Sus hijos se arrodillan a su lado cerrando el paso.

—¡Perdón para mi marido inocente! Pan para mis hijos... ¡Justicia, gobernador!

—¡Aparta! —vuelve a gritar Gessler iracundo.

Y clavando las espuelas hace encabritar a su caballo, dispuesto a lanzarlo sobre los que lloran de rodillas.

Entonces una flecha, disparada desde lo alto del matorral, silba en el aire y va a clavarse certera en el corazón del tirano.

Gessler se contrae de dolor y cae derribado hacia atrás sobre el arzón. Con la mano crispada se arranca la flecha y la contempla con sus ojos turbios.

—¡Ah, bien conozco de quién es esta flecha!

—¡Te la tenía prometida! —exclama Guillermo Tell apareciendo en lo alto del matorral—. ¡ Acuérdate, es la que guardé aquel día junto al tilo de Aldorf!

Gessler cae de su caballo y muere en medio de sus criados, que le contemplan sobrecogidos de terror..., sin lástima.

Aquella misma noche en todas las cumbres de los Alpes se levantaba el humo de

las hogueras dando la señal. Las campanas se echan a vuelo en la sombra. Las fortalezas de la tiranía son arrasadas; saltan en astillas las puertas de las cárceles. Y el alba del nuevo día alumbra a un pueblo libre, de pastores y cazadores, de pescadores y campesinos encallecidos en el trabajo, que se abrazan bendiciendo un nombre libertador: Guillermo Tell.

DIOSES Y GIGANTES.

Los dioses y los gigantes son los protagonistas de las antiguas leyendas escandinavas. De los huesos de los gigantes, se hicieron las montañas del mundo, Y los dioses formaron sobre él, el alma de los hombres. He aquí una aventura simbólica, de los gigantes y dioses del norte, contada por el gran escritor inglés Tomás Carlyle en su libro «Los Héroe».

Thor, el dios del trueno, tiene una fuerza colosal, y maneja una formidable maza, a cuyos golpes hace saltar las montañas. Tialfi, su escudero, es el dios del trabajo. Y Loke, su fiel amigo, es el alegre dios de las llamas.

Un día los tres dioses amigos salieron juntos en busca de aventuras, y se encaminaron hacia Utgard, patria de los gigantes, que apacientan como rebaños las montañas de hielo.

Llegaron al fin, después de muchas jornadas, y vagaron largo tiempo por inmensas llanuras y por incultos lugares desiertos, atravesando montes y derribando peñascos, sin encontrar señal de vida en todo el país.

Al oscurecer divisaron una casa semejante a una gran caverna, y como la puerta, que era todo lo ancho de una fachada, estaba abierta, metiéronse dentro y hallaron un gran salón completamente desmantelado y desierto. Cobijáronse allí para dormir; pero al cabo de un rato, y cuando más profundo era el silencio de la noche, despertaron sobresaltados oyendo unos extraños ruidos que hacían retumbar los muros.

Thor se levantó de un salto, y enarbolando su formidable maza se plantó, dispuesto a descargarla, tras el umbral de la puerta. Loke y Tialfi, presas de terror, corrieron a esconderse en un rincón de la destartada estancia.

Pero Thor no tuvo necesidad de entrar en pelea, porque, a la mañana siguiente, se descubrió que los ruidos extraños de la pasada noche no eran sino los ronquidos de un gigante enorme, aunque pacífico: el gigante Skrimir, que dormía allí mismo. Lo que habían tomado por una caverna no era más que el guante del gigante, tendido en el suelo a su lado; la puerta descomunal era el hueco de la muñeca, y el rincón donde los compañeros de Thor se refugiaron, el dedo pulgar.

Skrimir les saludó con una gran sonrisa al verles, y siguió el viaje con ellos, sirviéndoles de guía y llevando su equipaje. Pero Thor no se fiaba mucho de tan temible compañero, y determinó acabar con él por la noche, cuando se entregara al

sueño.

En efecto, aquella noche, en cuanto el gigante comenzó a roncar, Thor levantó su maza y descargó tan tremendo golpe en el rostro de Skrimir, que hubiera partido una montaña. Pero el gigante apenas si salió de su sueño para frotarse la mejilla, diciendo: «¿Ha caído alguna hoja?».

En cuanto volvió a quedarse dormido, Thor descargó sobre su cabeza otro golpe aun más fuerte que el anterior, y el gigante, entreabriendo los ojos de nuevo, volvió a preguntar: "¿Ha caído algún grano de arena?"

A la tercera vez, Thor empuñó su maza con las dos manos, y volteándola en el aire para tomar impulso, descargó un golpe tal, que hizo retumbar la tierra. Esta vez pareció dejar huella en el rostro de Skrimir, el cual cesó de roncar, exclamando. "¿Hay gorriones en este árbol? ¿Qué me han tirado a la cara?"

Al día siguiente prosiguieron su camino, y por la puerta de Utgard, que se pierde entre las nubes, entraron con Skrimir en el jardín de los gigantes, los cuales admitieron a Thor y a sus compañeros a presenciar los juegos que estaban celebrando, invitándoles a tomar parte de ellos.

A Thor le presentaron un enorme cuerno lleno de cerveza para que bebiese, advirtiéndole que entre ellos era costumbre vaciarlo de un solo sorbo. Por tres veces intentó Thor, valientemente, realizar la empresa; pero sólo consiguió hacerle disminuir dos dedos.

—Eres una pobre y débil criatura —le dijeron los gigantes compasivamente—. Ni siquiera serías capaz de levantar ese gato que ves ahí.

A pesar de su fuerza sobrenatural, y por pequeña que pareciera la hazaña, Thor apenas si pudo alzar un poco el espinazo del animal, y a duras penas consiguió levantarle una pata.

—¡Bah! ¿Y tú crees ser un héroe? —le dijeron riendo a coro las gentes de Utgard—. Mira, ahí tienes a una pobre vieja que está dispuesta a luchar contigo.

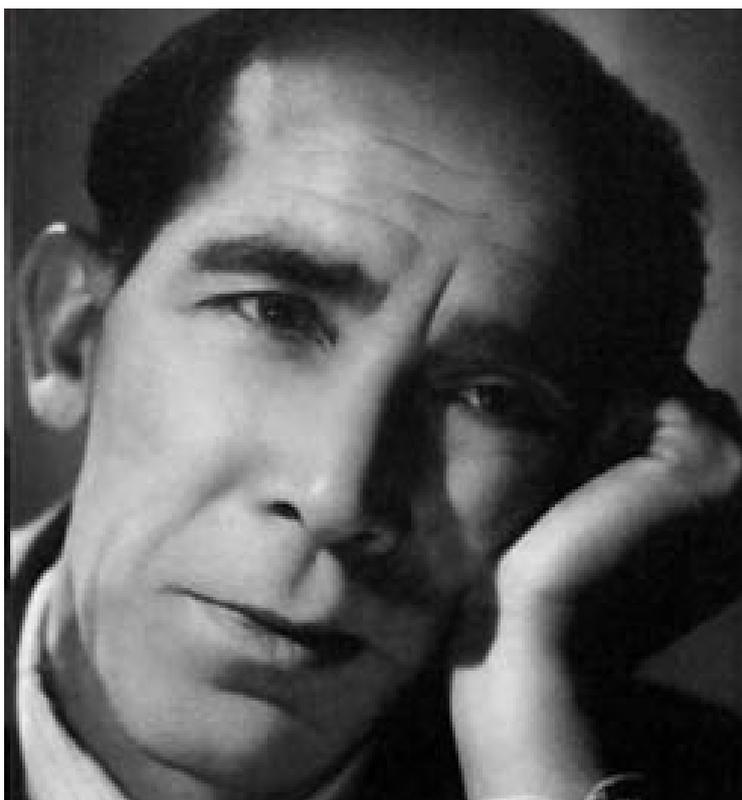
Rojo de rabia, Thor se abalanzó sobre la vieja; las venas de sus brazos se hinchaban hasta estallar, y rugía, como un león. Pero por más esfuerzos que hizo no fue capaz de derribarla.

Al salir de Utgard, Skrimir les acompañó cortésmente un buen trecho. Thor y sus compañeros no se atrevían a levantar la cabeza, llenos de vergüenza. Entonces el gigante dijo, dirigiéndose a Thor:

—Al fin has quedado vencido. Pero no te avergüence tu derrota, porque todo ha sido ilusión de tus sentidos. El cuerno que probaste a agotar de un sorbo era el mismo mar, y, sin embargo, lograste hacerle menguar; pero, ¿quién podría beber lo insondable? El gato que probaste a levantar del suelo era la Gran Serpiente del Mundo, la cual, con la cola en la boca, ciñe y conserva la creación entera; si la hubieras derribado todo se hubiera desplomado en confusión y ruinas. Y, por último,

la vieja con quien luchaste era el Tiempo, la Eternidad; ¿quién sería capaz de vencer al Tiempo? Ni los hombres, ni los gigantes, ni los dioses. ¡El tiempo es más fuerte que todos! En cuanto a los tres golpes de tu maza..., mira esos tres valles. ¡Los han abierto tus tres martillazos!

Dicho esto, el gigante se despidió de ellos y se volvió a su patria. Y Thor y sus compañeros regresaron al palacio de los dioses, sin hablar una palabra, pensando en su misteriosa aventura.



ALEJANDRO CASONA. Alejandro Rodríguez Álvarez, que se hizo conocido como autor teatral con el seudónimo de Alejandro Casona, nació en Besullo, Cangas del Narcea, Asturias, el 23 de marzo de 1903. Fue hijo de maestros. Pasó su primera infancia en el pueblo asturiano de Besullo y a los cinco años la familia se trasladó a Villaviciosa. Estudió el Bachillerato en Gijón, y Filosofía y Letras en las universidades de Oviedo y Murcia. En 1922 entró en la Escuela Superior de Magisterio de Madrid, realizó las prácticas en 1927. En 1928 fue destinado como maestro al pueblo de Les (Lérida), en el valle de Arán, como inspector de enseñanza primaria. Allí fundó, con los chicos de la escuela, el teatro infantil «*El Pájaro Pinto*», y se casó en San Sebastián con Rosalía Martín Bravo, compañera de estudios de Madrid.

En 1931, tras una fugaz estancia como inspector en Asturias y en León, opositó con éxito por una plaza en la Inspección Provincial de Madrid, donde fijó su residencia hasta el comienzo de la Guerra Civil.

Proclamada la II República, el recién creado *Patronato de Misiones Pedagógicas* le asignó el cargo de director del «Teatro del Pueblo» (1933). Escribía sin cesar obras teatrales y también publicó algo de poesía: *El peregrino de la barba florida* (1926) y *La flauta del sapo* (1930). En 1934 recibió el premio *Lope de Vega* por su comedia *La sirena varada*, que se estrenó en el *Teatro Español* con un éxito clamoroso. También ganó el *Premio Nacional de Literatura* en 1934 por su libro de prosas infantiles *Flor de leyendas*.

En 1937 tuvo que exiliarse a Argentina por la Guerra Civil Española, Buenos Aires le brindó sin embargo éxitos clamorosos como el de *Los árboles mueren de pie* estrenada en 1949 y representada ininterrumpidamente hasta 1952.

En 1963 regresó a España tras veinticinco años de exilio, y estrenó una obra sobre Quevedo, *El caballero de las espuelas de oro*, que fue estrenado en el teatro Bellas Artes de Madrid la noche del 1 de octubre de 1964, por la compañía de José Tamayo, con ilustraciones musicales de Cristóbal Halffter.

Murió en Madrid, el 17 de septiembre de 1965.

Notas

[1] Munis: ascetas indios, que hacen vida solitaria en la selva consagrados a la meditación. <<

[2] Las walkyrias eran nueve hermanas, hijas de Odín. Guiaban a los héroes en el combate y llevaban los cadáveres de los valientes al palacio de los dioses. <<